

SUSCRIPCIONES

	Pesetas
Madrid.....	1 50
Provincias.....	17 50
Portugal.....	22 50
América.....	32 50
Extranjero.....	35 50
En las demás.....	20 50
Encomiendas.....	30 50

VENTA

Madrid.....	30 núm. 1 50
Provincias.....	25 núm. 1 50
América y Extranjero.....	30 núm. 2 50
En las demás.....	30 núm. 4 50
Encomiendas.....	5 cent.
Encomiendas.....	25 cent.

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

SE SUSCRIBE

En las oficinas de E. Gómez, San Agustín, 2, y en todas las librerías.

ANUNCIOS

Se reciben en esta Administración, y en la Sociedad General de Anuncios, Carmen, 16 principal, y en Barcelona señores Roldós y C. Escudellers, 50.

REMITIDOS

En París, la «Société Mutuelle de Publicité», rue Cambronne, 51; director, Mr. Lorette.

Preios convencionales.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de EL GLOBO.

O XIV—TERCERA ÉPOCA

Viernes 26 de Octubre de 1888

MADRID—NÚM. 4741.

DISCURSO

DICHO POR

DON EMILIO CASTELAR

en la reunión del partido republicano-histórico de Barcelona el día 22 de Octubre, año 1888

Amigos y correligionarios: pocas veces he sido sobrecogido por emociones, de cuyo tan profundas, como las que hoy afectan mi ánimo, capaces de retener la idea en el cerebro, extinguir la palabra en el labio, ahogar la voz en el pecho. Las dos frases primeras, que debemos decir aquí, los dos nombres que aquí debemos invocar, son estos: Santiago Soler, Ensebio Pascual y Casas, y los dos nombres que aquí debemos invocar, son estos: Santiago Soler, Ensebio Pascual y Casas, y los dos nombres que aquí debemos invocar, son estos: Santiago Soler, Ensebio Pascual y Casas.

tas pulantes en varias naciones y a los hondas tempestades revolucionarias amenazadoras en grandes y menos felices territorios. (Bien, bravo, muy bien) Uno y otro defendieron y votaron con unánime en muchas Cortes seguidas, la emancipación de nuestra conciencia, la libertad de nuestra prensa y de nuestra enseñanza, los derechos de reunión y de asociación, el Jurado popular y el Sufragio universal, aquella representación de nuestras Antillas en el Parlamento, que venía como a completar la unidad patria, todos los derechos individuales humanos, la democracia en toda su pureza, la soberanía nacional en su plenitud, la indispensable abrogación de la trata, del mercado infame donde se vendían y compraban seres humanos, de la esclavitud y la proclamación de aquella palabra mágica, en cuyas sílabas ponemos todos nuestros amores, de aquella forma del poder y del gobierno, a la que unimos todas nuestras esperanzas, la República liberal y democrática, (estrepitosos aplausos interrumpen al orador) enterrada, si, por nuestras culpas y pecados, pero como nuestro Salvador en Getsemani, para tener su Pasión de Resurrección inevitable, así que la merezca el sentido práctico del pueblo español y la realme con su fuerza incontrastable y soberana la voluntad nacional. (Se reproducen los aplausos prolongadísimo.) Después de haber hecho todo esto, Soler fué, mandado por mí, a las Antillas, para evitar, preparando el gran día de la segunda inevitable abolición, desprendimientos al territorio español; y Pascual vino aquí, en horas de angustia y de desolación, donde se probaba el verdadero valor olivo, impidiendo el estallido de las tensiones y cooperando a la maravillosa y ya por nadie disputada obra de nuestra unidad nacional. (Bravos y aplausos muy prolongados.) Tenaces uno y otro, cada cual según sus sendas complejiones y temperamentos, organizaron el partido nuestro en Barcelona, partido tan importante como numeroso, y tras dispendiosos pasajes, frecuentísimos en todas las familias, un órgano de nuestras ideas tan ilustrado como útil a la opinión republicana. En efecto ninguno se conocía la devoción a los muertos, como en la fidelidad a sus ideas, repletores del alma suya, y en la fidelidad a sus testamentos, órganos de su perdurable voluntad. Juramos, pues, a los nuestros, juramos por su memoria y por su amor, no apartarnos un ápice, ni en los precedentes, ni en los principios, de todo cuanto constituye nuestro patrimonio ya histórico, y guardar fé tan escrupulosa y tenaz a la democracia y a la República y a la libertad, de las cuales no queremos desigir nuestros nombres, como al método sereno evolutivo, sin el que toda la educación popular, iniciada en los años d'infancia, se suspende, y a las transacciones y transigencias indispensables para el arte político, tan complicado como difícil, y para la solución del problema ya próximo a resolverse, consistente de suyo en confiar el gobierno de los individuos a sus derechos naturales y el gobierno de las naciones a su inmanente soberanía: obra oscura, cuyas bases echamos entre las ardientes lavas del volcán revolucionario con la fé de los héroes mártires, y cuya consigna vamos a poner en el cielo de la paz mas ordenada con la prudencia y la medida digna de los verdaderos estadistas. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos, que interrumpen al orador con su estruendo largo tiempo.)

¿Qué sería de nosotros, de nuestra confianza en lo porvenir, sino un drama cónico de recuerdos religiosos a lo pasado. Memoria viva la mía; vuestra ciudad, visitada por mí en el año que acordamos nuestro exérgico retraimiento, generador de la revolución, y nuevamente visitada más tarde por mí, el año en que sufrimos justo castigo a nuestros desvarios, la nefasta restauración, evoca hoy con evocaciones mágicas, recuerdos piadosos y melancólicos, los cuales no pueden cesar de resonar al resplandor de lo presente; recuerdos, cuya insistente renovación procura con frecuencia para de su ejemplo extraer una filosofía, poderosa de seguro a mantener muy exacerbadamente nuestros esmeramientos, que resultarian estériles y baldíos ogaño por cierto, si después de padecerlos tanta en una pasión de suyo tan horrible como la nuestra, no supiéramos aprovecharlos en su clarísima y reveladora enseñanza. (Muy bien.) Los que asistimos al Génesis del espíritu democrático en España, y presenciarnos sus albores, no habiendo abandonado este sol del nuevo día ni un segundo de su luminosa carrera, la cual ha producido, a pesar de tempestades y colapsos múltiples lanzados sobre su disco espléndido, con el movimiento y con el calor y con la luz naturales a estos astros, todos los frutos, a una colectividad o conjunto llamamos progreso contemporáneo, jamás olvidaremos, que si las tierras del alto Aragón, las tierras de Huesca, produjeron los primeros mártires de la idea republicana, inmolados por la cruel dictadura del enaureta y oco; los nombres que brillaron en el alba de la República, mucho antes que aquellos cinco diputados cuya importancia se nota con solo mentar dos nombres, Orensé y Rivero, mucho antes de los célebres que votaron contra el trono y la dictadura en número de treinta el 5 de noviembre de 1854, mucho antes que los revolucionarios mismos del trienio extendido entre la revolución del cuarenta y la reacción del cuarenta y tres; los nombres, que primero brillaron y mas ha traído en recuerdo nuestro amigo Puigoriol, fueron ilustres nombres catalanes, Terradas, el propagandista de las adinaciones y de las peras; Cuervo, el organizador de las primeras fuerzas populares rudimentarias; Olavé, aquel poeta místico, en quien se disputaba al sacro y antiguo romancero catalán, semeja a los sedos homéricos, entonando en las palabras y en las melodías de nuestros progenitores lemosinos, tan ilustres y tan inspirados, estrofas dignas de Grecia y de los griegos a la patria transfigurada y a la libertad naciente; glorias como no tiene partido alguno, glorias inmaculadas, glorias verdaderamente nuestras, republicanas históricas, pues, enamorados todos estos hombres gloriosos de pura y sencilla idea, no cargaban la palabra República, no, con esas exóti-

cas sofisterías nihilistas hoy al uso, con esas propensiones al desoyuntamiento de nuestro territorio tan reprobables; y se decían republicanos, republicanos siempre, republicanos solo (muchas voces, ¡sí, sí! ¡verdad!) y sin otro apellido ni cognomén, recibiendo así en la genealogía de los pensamientos aquella herencia de grandezas por esta forma política sembrada desde las Agoras de Atenas a los capitolios de Washington, las cuales renacen con los lauros de Salamina y de Platea, que crecen cuando lloran los tiranos, en cuanto logran renar bajo el amparo de leyes muy obedecidas y de instituciones muy amplias, cierto número de ciudadanos libres por igual en los amplios materiales de una gran nación independiente de toda extraña ingerencia y señora y soberana y de sí misma. (Ruidosos y universales aplausos ahogan la voz del orador) Esta sencilla fórmula de predecesores ilustres, tan olvidados por unos y tan desconocidos por otros, que no han puesto sus nombres en ninguna conmemoración de las asambleas populares aquí celebradas, tenían una ventaja evidente, a la cual habrá que volver, si damos a la República todo su precio, y toda su importancia, concentraban los esfuerzos del partido de la reivindicación de nuestra forma de gobierno, sin exigirlos, como estos neorepublicanos de ahora, tan anémicos en fé política, ni el ponzonoso socialismo alemán de la cátedra con sus entelequias metafísicas, verdaderas brujas y dueños de las nieblas germánicas, incompatibles con los mares azules y los cielos claros y las costas marmóreas y los jardines célicos de nuestras tierras helénicas, ni mucho menos esta desconsoladora de nuestra España, para de nuevo reconstituirla por no sé cual especie de pactos, ni con qué asistencia de notarios; como si la nación de suyo no estuviera tan hecha y tan olida en esas bases graníticas, donde se alza, y cual esas montañas que la defienden, y como si cuarenta siglos no nos hubieran legado los nombres de Iudites, Iadibil, Istolado, Viciato, Pelayo, los Sancho de Navarra, los Fernandos de Castilla, los Alfonsos de Aragón, los Garcois de Galicia, los Bezenqueros de Cataluña, los Pulgares de Andalucía, los Oides y Jaime de Valencia y Mallorca, Numanzia, Regio, las Navas, Bailén, el Bruch, Zaragoza, Gerona, estrellas de martirio, arcos de holocausto, fuego de sacrificios, en cuya lumbre se ha formado por islmanera la patria una, que antes de nacer llevamos todos su benc en la frente y después de morir solo dormimos en paz el sueño eterno si tenemos para nuestras cenizas el abrigo de su sacro suelo lleno de oradores fecundidad y radiante de inextinguible amor. (Frenéticos aplausos. Prolongados aclamaciones. Muchísimos oyentes se ponen en pié, y con los puñuelos en las manos saludan al orador, pronunciando repetidos vítores a cual más entusiastas.)

Da grima oír lo que ha dado en llamarse predicación republicana reducida solamente a decir, como la República sensata, conservadora, posible, resulta una especie de monarquía disfrazada y loredue todo a un cambio de poderes, cuando no a un cambio de personas; cual si las últimas sombras de las castas no exigieran para su devanamiento completo a los conjuros y las nuevas formas democráticas para su arraigo definitivo, tanto esfuerzo, que todavía no han alcanzado, ni a escribir en el espacio aquella negación y esta saludable afirmación, los pueblos que se llaman Italia, Alemania, Inglaterra, y como si no costara sacrificio ninguno consolidar tras dos experimentos infelices, y cien años de combates titánicos, la República en el primero y más ilustrado de los pueblos europeos, en la vecina Francia.

Creo, amigos míos: como cada hombre tiene su vocación, y cada una de las generaciones su destino, y cada día su trabajo, y cada hora su pena, los verdaderos republicanos tienen bastante con fundar la República, y le piden tan sólo que corresponda con su naturaleza y sea el organismo viviente de la libertad absoluta y de la democracia moderna. Un republicano olisio, verdadero, antiguo, histórico, no sabe qué significa eso de contenido social, quisicosa tan indefinible como el Ente Dilecto de la vieja escolástica, ni ores que haya necesidad ninguna de rehacer la nación desde abajo arriba, cosa tal, como si las criaturas hicieran al Criador y no el Criador a las criaturas, cuando España es nuestro Dios en el mundo político y está sobre todo, y la ponemos ante todo en la universalidad de nuestros propósitos y en la universalidad de nuestros pensamientos. (¡Bravos Aplausos.) Pero adá hay más, que os dirán los republicanos sinceros, los republicanos antiguos, los republicanos históricos, «¿no hay más, y es, que no puede improvisarse una República, como se improvisa una monarquía, por ganar la batalla de Querosa como los macedones, por pasar el Rubicon como lo pasó César, por dar el golpe de Brumario como lo dió Bonaparte, por imponer una intervención extranjera como se impuso la monarquía de los Médicis en Florencia, la restauración francesa el año quince y el absolutismo español, el año veintitrés, ó por una cuartelada como las dos de Luis Napoleón el 2 de Diciembre y de Martínez Campos aquí en Sagunto. (Muchos aplausos y entusiastas aclamaciones.) Para una monarquía basta con que sepan los vasallos poco más, cuando saben los animales, obedecer y callar; (risas) para una República necesitamos que sepan los ciudadanos años dos artes de suyo tan difíciles como, primero, gobernarse a sí mismos, y segundo, gobernar a toda la nación. Y en verdad os digo este aforismo corriente hasta resultar vulgarísimo, pero cierto, como que no podemos vivir sin aire y sin respiración; en verdad os digo que inútilmente intentaréis fundar un República duradera, si no la precedéis de una sabia educación política. Parece imposible que debamos recordar estos axiomas, los cuales merecen el nombre de perogrulladas, pero se necesita insistir en ellos oportuna é inoportuna-

Nuestros enemigos del alma, proceden como si no supiesen que la República, pide antes del triunfo una profunda y larga educación, después del triunfo, lento desarrollo. La segunda República francesa, con

estar fundada tras una monarquía constitucional muy larga, y ser de suyo muy buena, digan cuanto quieran sus detractores, se perdió por no haberla precedido el sufragio universal; y la tercera, con venir tras larguísima dictadura y un mal régimen, se salvó porque se había educado en veintidos años de salubres ejercicios en el sufragio universal. Un ejemplo todavía más práctico evidenciará esta verdad sencillísima. En los Estados Unidos se fundó la República sin que pasara por ninguna reacción imperial, y en los Estados mejicanos nuestros no pudo fundarse y establecerse definitivamente, como ya está fundada y establecida, sin pasar por dos restauraciones imperiales y por cien revoluciones armadas. En cambio los Estados Unidos no pudieron abolir sino muy tarde su esclavitud y pasando por una horrible catástrofe, mientras los Estados mejicanos abolieron su esclavitud en paz y armonía. ¿Por qué los Estados Unidos establecieron y desarrollaron su República sin las catástrofes de Méjico? Porque en los Estados Unidos se hallaba muy educado el sentimiento de libertad y muy establecido el gobierno de sí mismo, por una larga educación parlamentaria y liberal a la inglesa. ¿Por qué Méjico abolí la esclavitud sin la catástrofe horrible de los Estados Unidos? Porque Méjico tenía muy educado el sentimiento de igualdad, casi desconocido de los anglosajones, por una larga educación española. Hé ahí por qué nosotros, los fundadores de una institución como la República, debemos absorbernos ante todo y sobre todo en la obra máxima de nuestra educación nacional. Y hé aquí por qué, desde 1873, yo, repúblico de toda la vida y hasta la muerte, con reflexión madura y propósito deliberado, reconcentro todos mis esfuerzos, no en improvisar de súbito la forma republicana para que un aire caliente la traiga y otro aire frío se la lleve, como en Febrero sucede a la madrugadora flor del almendro, sino en fundar aquellas instituciones amplias como el Jurado popular y el sufragio universal y las libertades, así de palabra cual de reunión, que sirven para grangearnos verdadera cultura pública nacional y apercebidos, con lentitud, pero con seguridad, al ejercicio continuo de los derechos individuales y a la práctica difícil pero saludable de gobernarnos y dirigirnos a nosotros mismos en amplia y solidísima democracia. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Digámoslo clarísimo y alto: se nos acusa de haber envejecido. En eso está nuestro crimen. (Muchas risas; aplausos.) Durante la juventud nos dejamos guiar de las esperanzas; durante la madurez nos dejamos guiar de las experiencias. Cuando tenemos edad y voz y condición de jóvenes apóstoles, fuimos apóstoles; ahora que tenemos edad y condición de viejos estadistas, somos estadistas. El arte más difícil no es el arte de bien morir. Al cabo y a la postre se muere siempre de súbito, en solo un minuto. El arte más difícil de la vida es acortar a envejecer. Hablamos y procedemos como jóvenes en las mocedades; hablamos y procedemos como viejos en la edad provecta. Yo no quiero lóbulos del cerebro sin asos y sin materia gris parecidos a secos panales sin miel. Si nosotros hubiéramos muerto hace veinte años, quedaríamos entre los teorizantes, los filósofos, los artistas, los precursoros, los profetas de la República, de la democracia, de la libertad. Pero cuando ha pasado uno por el ministerio, sea quien sea el ministro, no puede contarse ya entre los teóricos, los reveladores y los sofistas de la política, sino en el número práctico y prosaico de los simples funcionarios, debiendo decir, a no estar loco, las resistencias de verdadera fuerza que le ha opuesto la realidad y las ideas de un antiguo credo que le parecen irrealizables, los procedimientos que le parecen imposibles. ¡Ah! señores, los hombres que han tenido en su vida dos ideales contradictorios, no modifican aquel que han aceptado en el segundo período de su edad, y que resulta el amor supremo de su vejez y el testamento necesario de su postrera voluntad. Por ejemplo Lammenais, que pertenecía en la primera mitad de su vida con verdadera vivencia al partido ultramontano, y en la segunda edad al partido democrata, no, no pudo llevar a su idea las alteraciones de su edad y las fases de su vida; fué en política democrática, lo que llamamos en sociedad un viejo verde. Thiers, que perteneció en la parte más larga de su vida por completo a la monarquía constitucional, y en la parte más suprema y breve a la República democrática, no pudo cambiar, no pudo modificarse, no pudo rectificar su sentido en este segundo período. Pero aquellos hombres, que han pertenecido a dos generaciones políticas, teniendo un solo ideal como nosotros, y han pasado por zonas tan opuestas como la teoría y el gobierno, tienen que modificarse hondamente a sí mismos y modificar su ideal si no quieren quedar entre los desertores y los apóstatas. Nosotros no somos culpados de que a los ideales políticos les suceda lo mismo que a los elementos naturales; todos vivifican, si limitados y medidos; todos matan, si extremos y excesivos. Respecto a este punto, recuerdo un apólogo inglés de mucha filosofía. Oído. Es calor la vida y este calor proviene del fuego. Pues mucho, mucho, mucho fuego, ¡dios un exagerado intransigente! ¡Ah! no, no, no, exclaman los expertos y sensatos. Ponedlo en cierta cantidad a vuestra chimenea y os calentará el hogar; aplicado con medida en vuestras lámparas y os ahuyentará la noche; pero, si no lo distribuis con proporción y no lo usais con prudencia, se volverá contra vosotros mismos, y produciendo un asolador incendio, abrasará vuestra casa y consumirá vuestra vida. Y lo que decimos del fuego, decimos del aire; bueno, si atmósfera pura, malo, si huracán desatado; decimos del agua, buena en el vaso para bebida, mala en los diluvios é inundaciones; decimos de la tierra, buena, cuando firme nos mantiene; mala, cuando convulsa nos devora. Como las ideas se definen por sus contrarias, las ideas se realizan por sus límites. Allí en la inteligencia de un teorizante y de un filósofo pueden estar en toda su pureza, vírgenes, c:n-

tas, ideales, inmensas, pero estériles formando un solo colegio de vestales y monjes. Mas para entrar en la realidad, han de salir desde las idealizaciones abstractas a la barba procesosa vida; y han de limitarse por la extensión de un espacio tan reducido como el espacio que ocupa todo pueblo; y han de someterse a una relatividad tan circunstancial como el tiempo; y han de aceptar como una especie de levadura las tradiciones seculares, raras exentas de superstición y las viejas costumbres nunca libres de maldad, supersticiones y costumbres más arraigadas en el elemento nuestro social, en el pueblo, que en otro elemento alguno; y han de saber como el agua día, baja difícilmente a las honduras, y han de considerar el clima donde se implantan como si las ideas fueran vegetales, y como si fueran factores fisiológicos al temperamento de la raza; y han de contemplar el estado mental de la generación a que deben aplicarse; y han de contar con que el la gestación suya se precipita, la muerte pronto y el malogro rápido llegan por necesidad sin remisión y sin remedio. Ninguno de los medios del conocimiento por la experiencia como los groseros sentidos materiales, y de nada nos fiamos tanto. Con dificultad sentimos el movimiento político social y muchas veces creemos que andan las sociedades porque andamos nosotros, como si en un buque ó tren, se nos figura que andan las cosas y el camino cuando somos nosotros los que andamos. El planeta para en este instante mismo por un punto en el cual no volverá, según dicen los astrónomos, jamás á estar, y sin embargo, nosotros, porque lo sentimos inerte ó inmóvil, dejamos aparte la exactitud y decimos que sale y se pone el sol, como si nada supiéramos de la ciencia. Al ver tal ó cual fase de la política pueden creerse, que todo está lo mismo por sus apariencias, como al pasar un viajante rudo por los campos manchados y los estepas rusas podía creer que toda la tierra es plana, cuando la tierra es imperfectamente esférica, pero esférica siempre. En todo esto no tenemos para qué industrializarnos cuando éramos puros apóstoles; bastaba con que dijéramos las ideas en su incondicionalidad. Pero cuando yo veo un hombre, que ha estado en el gobierno, que puede volver á estarlo, y oír a mil absolutos por su boca, ¡oh! me asombro y maravillo. El filósofo puede prescindir de la realidad; el hombre de Estado, no. Solo á una clase de hombres de Estado se les permite proceder como piensan los filósofos, á los despotas. Y para esto los despotas han de dominar sobre dos pueblos tan dóciles como los rusos de Pedro el Grande y los prusianos de Federico II. Ellos pudieran llevar sus granaderos, como los plúg, á la filosofía enciclopédica de su siglo el uno, y á la civilización europea el otro; pero Gambaetta no pudo llevar el pueblo francés donde quiso, pues partidario el tribuno de la guerra y partidario el elector de la paz, el elector le nombró á pesar de sus protestas el pacífico y reaccionario Congreso de Burdeos y de Versalles. (Aplausos.) El pueblo español quiere su libertad, su igualdad, su democracia; si fundase una monarquía contra la libertad, la igualdad y la democracia, caerá esa monarquía. El pueblo español quiere su propiedad secular, en gloriosa unidad nacional, su ejército disciplinado, su Iglesia católica; si os proponeis fundar una República contra la propiedad secular, contra la unidad nacional, contra la Iglesia católica, ó no la fundareis nunca, ó tra; éndola en medio de la tempestad, retumbará mucho y brillará mucho, pero por poco tiempo, como retumba el trueno y como brilla el rayo. Esto no se le puede, no, decir á nuestros republicanos intrínsecos, empeñados, después de haber sido ministros y ser viejos, en que pueden remarcarse; cuando hay Dios, lo hay, pero lo que no hay es un diablo, capaz por lo menos, como el sapientísimo y burlesco Mefistófeles, de rejuvenecerlos. Y no se les puede tampoco decir á los realistas conversos, porque los realistas conversos se parecen á los pobres cangrejos; mientras están en el agua fresca de la monarquía incoloros y pálidos; así que los metéis en el agua hirviente de la República, se vuelven rojos. (Reses prolongadas y prolongadísimos aplausos.)

¿Qué se pedía y esperaba de nosotros? ¿Queríase que no recordáramos? ¿Queríase que no aprendiéramos? ¿Queríase que no escaramentáramos? ¿Queríase que fuéramos inmóviles y fríos como los metales? Heridas de muerte la libertad y la democracia por la Restauración del 75, necesitábamos saber cómo debíamos componernos para restaurarlas. Estaba visto que aquel estado anterior á la Restauración había servido para producirnos, no había servido para conservarnos. Como esos terrores llamados azófitos repelen los organismos vivientes, aquel estado mental, moral, material, repelia nuestros ideales realzados. (Oh! Dadas los geólogos de que viviera nuestra especie humana en el terreno terciario, aunque no dudan, por cien ejemplares allí encontrados, no, de que la producen. No dudan de que viva en el terreno cuaternario, su natural habitación geológica ya. Pues yo huyo de aquel estado terciario, que produjo nuestros organismos, y no los conservó, para buscar el estado cuaternario donde se conserven y perduren. En la siembra y producción de los ideales había servido mucho el período revolucionario; para su crecimiento y en su conservación necesitábase un período evolutivo. En 1873, de la revolución pasáramos á la evolución, como en 1868 de la monarquía inerte pasamos á la revolución perdurable. Las ideas políticas se generan y conciben con amor, se paren con pena, se guardan y se conservan con calma y con cuidado. Concebidas y formuladas las nuestras en el amoroso período del apostolado y de la propaganda; nacidas en el sangriento período de la revolución, sólo podían crecer en el período de la evolución. Cayó la Revolución de Septiembre allá en 1874, porque todos éramos revolucionarios, y á una sociedad necesitada de reposo largo y de progreso evolutivo, sólo sabíamos darle, tras los horcos cambios sabidos, sentencias de orden y de estremecimientos de Pitónia. (Bien.) Yo advertí en seguida las dos necesidades que teníamos: cambiar la complexion del partido republicano, y con la complexion de éste á la vez el medio ambiente donde había vivido. Y exclamé: desde 1851 en que se oyó la primera palabra de mi edad juvenil, hasta 1873 en que se oyó la última, sólo hemos educado revolucionarios; desde 1873 en que se oyó con mi discurso del 3 de Enero, discurso pronunciado á los cuarenta años, la primera palabra de mi edad madura, hasta el fin de mis días, yo sólo educaré ciudadanos. No pensaba en existir el partido fascista; no se había el Sr. Sagasta acherido aún á la dinastía restaurada, cuando yo le dije por Julio de 1875 al Sr. Ruiz Zorrilla en París: á la revolución de usted, yo, en Dios y en conciencia, oponeré siempre mi evolución. En París estaba yo emigrado voluntario con la resolución de no volver, sin recibir de mi partido y de mi patria una prueba de confianza, como el nombramiento de diputado, cuando se dieron los decretos de convocatoria llamando las primeras Cortes de la Restauración. (Era el Sr. Sagasta presidente del Consejo? Era el Sr. Cánovas? Era el Sr. D. Venancio González, el Sr. D. José Luis Albareda, el Sr. D. Segismundo Moret ministros de la Gobernación? Era el Sr. Romero Robledo. Tomébase por un acto de complacencia servir con la Restauración el ir á las urnas y á las Cámaras. De la democracia, ni los monárquicos fuesen. No se me ocurrió, á pesar de todo esto, no se me ocurrió el retraimiento. Y no se me ocurrió el retraimiento, porque traía la revolución aparejada, y yo había hecho voto el año 73 de abstención revolucionaria. ¿Queríais que cumpliera mis

votos como solían los frailes de la decadencia? Cuenta Gibbon, que un general de franciscanos le dijo en cierta ocasión lo siguiente: Mi voto de humildad me ha valido mandar sobre muchos miles de hombres; mi voto de pobreza me ha valido tener muchos millones de duros; y por poder callo lo que me ha valido mi voto de castidad. ¿Queríais que yo cumpliera mis votos anti-revolucionarios como cumplieran sus votos los frailes de marra? (Risas prolongadas.) No; al escribir mi primer manifiesto electoral de la Restauración, dije que había necesidad ineludible de coadyunar bajo todos los gobiernos, lo mismo el conservador que el republicano, á cuanto necesitaban todos los gobiernos: presupuesto proporcional á las necesidades colectivas, ejército disciplinado y obediente, leyes acatadas, magistraturas inamovibles, pago escrupuloso de la Deuda nacional, orden público, Estado fuerte, unidad é integridad intangibles de nuestra patria, cuanto juzgásemos indispensable al Estado hay que concederlo, pues el Estado pertenece á todos. Todavía recuerdo la farsa de aquel, que han dado en llamar dexterrado de París, contra semejante programa, en el cual creía ver un voto de importancia y un sosten de fuerza para la Restauración y el partido conservador. Lo primero con que tropecé á mi llegada, fué con la general superstición de que yo iba, no á combatir el sistema conservador y la Restauración; á servirlos. A la Restauración y al partido conservador no les pareció así. En Barcelona pronuncié este discurso y á Barcelona y por todo testigo. Cuatro candidatos se presentaron: el Sr. Soler y Pla, el Sr. Abarzuza, el Sr. Sanpere y Miguel y el que ahora os dirige la palabra. Se agotaron todos los medios imaginables de impedir nuestra elección; el gobernador, que fuera un tiempo amigo mío, y que de amigo mío murió, estaba en la desesperación por no haberme derrotado; se llevó una guarnición entera sin derecho de voto, por faltarle tiempo de residencia, en otra formación á las urnas. (Una voz: ¡Voté cuatro veces!) se prendió á una gran parte de mis electores encañados en oñetes y oñetes durante tres días; (Verdad, verdad!) se halagó primero y se intimó después á un secretario escudador para que alterase la suma de votos; al Sr. Baró, candidato fascista, pero candidato monárquico, puesto en frente de mí, se le ofreció el seta falsificada, pues hubo dos actas, y la rechazó con grandísima nobleza el Sr. Baró, quien de seguro no me dejará mentir; se trató de recurrir á la comisión de actas para que impidiese mi entrada en el Congreso, al menos en la sesión del juramento, y los señores Gamazo y Esteban Collantes resistieron á estas manipulaciones; se me arrestó á mi paso por Barcelona, se me arrestó con toda mi familia, con mi hermana misma, para impedir nuestra presencia en el Teatro Linceo, tratándonos la policía hácia sin género ninguno de consideraciones, hasta que intervino el capitán general y cortó escudado semejante; el partido republicano se empeñó de hacer al partido republicano un partido legal contra los que intentaban hacer del partido republicano un partido revolucionario, y en mi propósito de traer la República por los medios parlamentarios, se dió aquí, en esta España de Badojos y de la Seo, en esta España de las cuarteles y de los amotinamientos, en este pueblo donde una guarnición puede pasearse por las calles de Madrid la noche del 19 de Setiembre clamando á su antojo: viva el régimen republicano; en esta España de pronunciamientos militares, se dió la razón á los revolucionarios, y se dió que toda facción republicana era faciosa, y cuando más templada más faciosa y más digna de castigo exterminio, y que la República no podía venir á España sino por medios violentos, pues hasta pronunció la palabra debía castigarse como un verdadero crimen. Los que llaman al partido conservador y á su jefe, más progresivo y democrático que al partido liberal y su jefe, podrán creer aquel invierno reaccionario la mejor y más liberal de todas las estaciones políticas; parecer y sentir porque no podemos pasar, ni quienes combatieron en las elecciones de Barcelona, ni mucho menos quienes enteramente solos, bajo las ruinas de nuestros templos destruidos, y ante los ídolos de la restauración, tuvimos que protestar contra el restablecimiento de la monarquía patrimonial, de la constitución interna, del juramento parlamentario, del censo electoral, del régimen cesarista para la prensa, de la proscripción á los estradictos liberales, del restablecimiento de los privilegios legislativos para la nobleza hereditaria; naufragios deshechos, contra los cuales sinuosamente peleamos y de onyas sirtes salimos por una mezcla de prudencia y de tenacidad, hoy desconocidas por las envidias del día, pero á las cuales rendirán con seguridad mañana un tributo de reconocimiento la posteridad y la historia en sus definitivos é insuperables juicios. (Estrepitosos y prolongados aplausos. Ruidos ísimas aclamaciones.)

Así nosotros, contra el método de la revolución, hémonos decidido y resuelto por el método de la evolución. Este principio se halla confirmado en todo el Universo material y espiritual. En los cielos, el ejemplo la formación de los sistemas solares, y el doble movimiento de atracción y de repulsión, que mantiene los planetas alejados del sol y al sol sometidos; en geología, el sólo dice cómo se ha ido formando el globo nuestro y cómo ántes terrenos están enlazados á la manera que los colores del prisma y las notas del pentágono; en Historia natural, el nos presta la clave para entendernos de las relaciones entre las especies que parecen como un sistema de la inteligencia y el paso milagroso de la materia inorgánica á la materia orgánica; en química, la cohesión y las afinidades y las combinaciones de los gases y el ali gamiento de unas sustancias con otras y la cristalización, forma y componen evoluciones maravillosas; en artes y estéticas, se iluminan las edades á su vista y se revelan los nexos entre los monumentos simbólicos del Asia y los monumentos armoniosos de Grecia, entre los monumentos armoniosos de Grecia y los monumentos románticos del mundo cristiano; en matemáticas, la línea compuesta de puntos y la progresión compuesta de términos y los teoremas contenidos unos en otros; como en filosofía, la serie; como en la vida el crecimiento lentísimo y sus fases necesarias; como en historia, el tiempo empleado en producir desde la caverna prehistórica donde vivíamos en comunicación estrecha con las especies inferiores, al Estado moderno, seguro de la dignidad, encarnación del espíritu, organismo del derecho; como en ciencias, el método y la dialéctica nos revelan cuán difícil, mejor dicho, cuán imposible fundar las sociedades, y mucho menos el arte de su dirección y gobierno, la política, en conceptos contradictorios con todas las leyes cósmicas y en rebelión permanente contra la Naturaleza y su fuerza, contra Dios y su providencia. Apliquemos á la política la ciencia como se aplica la ciencia también á los inventos. Si Volta y Galvani, en sus maravillosos estudios, no hubieran encontrado la ciencia explicativa del fluido eléctrico y su producción artificial científica, nunca jamás Franklin, el nuevo Prometeo, hubiese sujetado el rayo al hierro del planeta, y sometido á la cadena forjada por el hombre; nunca Morse hubiese mandado la palabra humana, el Verbo nuestro, por el telégrafo, en alas de los relámpagos á todas las regiones planetarias; nunca Edison hubiese encendido la maravillosa máquina lámpara, cuyos rayos ahuyentan la noche y eternizan el día; porque todo lo real y efectivo se crea y cristaliza en virtud y por obra de superior y casi revelado pensamiento. Por eso á las teorías de los siglos medios precedieron los teólo-

gos y los canonistas; á las monarquías absolutas del Renacimiento los juristas de las Universidades; á la constitución de Holanda, Suiza é Inglaterra, los reformadores protestantes; á la victoria de los Estados Unidos en la América sajona, el cuáquero condeado allí por la Flor de Mayo, el puritano que guardaba las viejas enseñanzas de Calvino en Ginebra y Knox en Edimburgo; á la Revolución francesa los filósofos enciclopédicos, y al establecimiento de la democracia contemporánea y á su organización definitiva, precederán los sistemas científicos encontrados en los últimos tiempos y el principio de la evolución universal. Yo, político, no tengo para qué indagar su razón ó su verdad metafísica; tal aspecto de la doctrina interesará mucho al filósofo, no interesa á mí, ni puede interesarle al estadista. Lo que yo encuentro de soberano en la doctrina, es el principio de adaptación, y lo que yo quiero enseñar á mis correligionarios es, que no podrá prosperar un organismo como no le acomoden y adapten al medio ambiente que lo vivifica, lo mantiene, lo nutre. Creedlo; cuando se quiere acabar con las viejas especies violenta y artificialmente, reaparecen. Pero cuando se les produce un medio ambiente, dentro del cual no pueden vivir y durar, á cuyos elementos no pueden adaptarse, desaparecen y desaparecen para siempre. Un ejemplo sacado de la Historia natural contemporánea os demostrará esta verdad. El renjifero, á quien los ignorantes del habla nacional suelen llamar glicimicamente rheno, fué para los hombres de las edades glaciarias, como el buey para los hombres de nuestra edad corriente. Su domesticidad natural, sus carnes sabrosas, sus pieles finísimas, su lomo resistente, su conformidad al peso de la carga, su aptitud para el arriastre, cooperaron á la dispendiosísima dominación de nuestros padres sobre la tierra y abrieron los surcos primeros donde habian de verter y esparcir los gérmenes del progreso. Los hubo entre nosotros en la edad glaciaria. Muchos geólogos llaman á cierto período de la creación terrestre período del renjifero. ¿Por qué ha desaparecido? Porque ha desaparecido el medio ambiente donde vivía. Y este animal prehistórico, fósil entre nosotros, vive y crece allí donde la naturaleza le ofrece medios de adaptación: en Lapponia, Noruega, Rusia. Háse querido resucitarlos en Escocia y no se ha logrado por carecer allí de los líquenes polares indispensables á su manutención. Pues bien, amigos y correligionarios nuestros, ¿queríais que las castas y los vínculos hereditarios, y los privilegios de sangre y de nacimiento vuelvan al Asia de donde han venido? Pasá á fuerza de paciencia y de trabajo, con porfías continuas, vertiendo muchas ideas, trayendo muchos elementos de progreso, traed un suelo social, una espiritual atmósfera, una serie de creencias y de costumbres en las cuales no puedan vivir tales instituciones monstruosas y tengamos que bascular para convencerlos de cómo han existido alguna vez en el mundo, entre las montañas frías del viejo Egipto ó entre los ladrillos áridos devorados por el desierto, donde yacen muertas Nínive y Babilonia. (Frenéticos aplausos.)

Pero cuando ve uno la verdad evidente, hay que seguirlo con el amor de los primeros años y hay que propagarla sin miedo á la impopularidad y á la injusticia. Mi primer decisión, después de haber adoptado con tanto empeño el método nuevo, consistió en eliminar del diccionario miso, como una palabra inaplicable al ser y estado en que íbamos entrando, la palabra revolución. Así puedo yo decir, que después de haber tomado parte principal en la Revolución de Setiembre, no hay sino un español que haya reprobado todos los movimientos en esta nuestra patria corridos después de la Revolución; y ese buen español es quien os dirige ahora la palabra. Los republicanos aplaudieron el pronunciamiento nefasto de 1869 contra las Cortes que habian votado la monarquía democrática, yo lo reprobé; los carlistas aplaudieron la guerra movida por sus encarnizados secuaces contra todos nosotros, yo la detesté; los constitucionales aplaudieron la triste algarada militar del 3 de Enero, yo la maldije; los conservadores aplaudieron la sedición de Sagunto, yo consideré siempre como una restauración abortiva y como un rey marrado, la monarquía y el rey traídos por tan desdichado esfuerzo; declaro haber visto en los diez y ocho años últimos conspirar en derredor mío á muchas gentes cuyos nombres me callo por consideración á los vivos y por respeto á los muertos, sin que ninguno haya conseguido un minuto, ni desahumarme con las más halagüeñas promesas de seductoras perspectivas, ni atraerme con la seguridad matemática de un logro y triunfo inmediatos, pues no temo, no, para la democracia, para la República, para la libertad el esfuerzo, aquí, donde con unos cuantos soldados, en unos cuantos días, oren todos posible imponer cualquier gobierno en boga y crédito á la nación en pasiva obediencia; yo temía la revolución por la victoria, por la imposibilidad manifiesta de fundar sobre los estremecimientos de una tierra subvertida, bajo los relámpagos truenos de un cielo tempestuoso, con el delirio en los ánimos y con el enloquecimiento en la cabeza, entre muchedumbres populares epilépticas y soldados rebeldes, el régimen más necesario ciertamente de calma imperturbable y de orden concertadísimo; el ejercicio definitivo de los derechos individuales en el seno amplio de la soberanía nacional. (Bravo.) (Qué diferencia entre un fascioso y un ciudadano! (Atención.) El fascioso calla y el ciudadano habla; el fascioso conspira, y el ciudadano vota; el fascioso lo fia todo á la fuerza y el ciudadano lo fia todo al derecho; el fascioso tiene un temperamento guerrero, y el ciudadano tiene un temperamento jurídico; el fascioso pelea y el ciudadano predica; el fascioso mata ó subyuga y el ciudadano porfia, litiga, persuade; ataca el fascioso las leyes y las obedece hasta cuando las cambia; con fasciosos cuyo ejemplo mejor se hallará en la cohorte de D. Carlos, siempre compondréis un pueblo enfermo, sujeto á pasar como el misero envenenado por las lagunas pontinas, desde los accesos de fiebre social que se llaman anarquía popular á los accesos de frío social que se llaman dictadura; pero no lograreis un pueblo libre como el pueblo inglés, un pueblo libre como el pueblo suizo, un pueblo libre como el pueblo americano, porque si pasaron esos pueblos hace siglos por las revoluciones, como ha pasado la especie nuestra por el salvaje de las cavernas prehistóricas, no adquirieron allí el arte de gobernarse á sí mismos, en el cual resultaron tan inhábiles como nosotros; lo adquirieron á una con largo empleo de sus facultades jurídicas en el jurado; de sus facultades políticas en el comicio; de sus facultades gubernamentales en el Parlamento; todo lo cual, naturalmente, les dió virtudes que hoy parecen, de puro viejas nativas, porque no aquistan los individuos y los pueblos el arte difícil de gobernarse á sí mismos, sino en las prácticas saludables de la libertad y del derecho. Nada más opuesto de suyo á la democracia que la guerra. (Muchas voces: ¡variedad! ¡eso es!) Es la guerra combate y la democracia trabajo; la guerra muerte y la democracia vida; la guerra despotismo y fuerza, la democracia libertad y derecho. El fin de toda la democracia, el fin histórico, el fin social en eso consiste de suyo, en sustituir al régimen de la conquista que nos envilece y nos arruina, el régimen de la industria, divino régimen destinado á mantener las fuerzas creadoras y á continuar la creación universal. Y estas grandes verdades mnémonicas á mi hoy, más que viejos recuerdos, ó grandes pasiones, á detestar los excesos y los extremos que se llaman á sí democráticos cuando de-

bieran llamarse reaccionarios. Estas escuelas exajeradas, lo mismo entre nosotros los españoles que entre nuestros vecinos los franceses, á la continua sueñan todas con la revolución permanente, no como un medio, como un sistema. Ni los rojos de aliende, ni los rojos de aquende, merecen el nombre de liberales, demócratas, republicanos; á lo sumo podrán merecer el nombre de revolucionarios. Y como revolución y guerra siempre resultarán sinóclimos, de suyo sí climos guerra y despotismo, la revolución extrema tomará el organismo cesarista, la dictadura militar. En España los rojos y los impacientes no darán importancia de ningún género al sufragio universal, á esta reforma democrática por excelencia y la darán extraordinaria y grande á lo que nada se relaciona con la democracia y sus intereses, á la organización militar, la cual debe apartarse íctica y una para todos los partidos españoles. Y les dan importancia grande á las cuestiones de organización militar, presumiendo que traerán un conflicto armado; y no le dan importancia de ningún género al sufragio universal, porque sabían método y sistema de derecho, solo puede traer resultados y obras de derecho. En Francia sucede lo mismo. Aquellas escuelas demagógicas de los Naquet, y de los Rocheforts y de los Leguerres, que se decían á sí misma quinta esencia y fórmula suprema de la ciencia moderna, tan puras, tan humanitarias, tan socialistas, tan avanzadas, sabían de abortar algo peor que todos los cesarismos, la dictadura improvisada de un soldado aventurero, el régimen más abominable y deshonroso porque pueden pasar los hombres, y la contradicción más radical con todos nuestros principios.

Me parece haber demostrado con evidencia palpable las causas que me han movido á elidir la palabra revolución de nuestro lenguaje y el cálculo revolucionario de nuestras probabilidades. En esta situación habíamos necesidad imperiosa de tomar posiciones claras. La que resumió y contuvo todas estas fué la siguiente: una muy activa propaganda legal dentro de la prensa y dentro del Parlamento, usando del derecho de reunión para formular nuestras ideas, y del derecho de asociación para organizar nuestros comités. Tal necesidad nos lleva, como de la mano, á este cálculo verdaderamente matemático, al cálculo que se llama de aproximación. Hay dos partidos gobernantes dentro de las actuales condiciones políticas en España: un partido que por sus compromisos y por su historia reparte todos los derechos, otro partido que por sus compromisos y por su historia los amplía. Nosotros en la tribuna y en la prensa no podíamos vivir como esos yhoguís de la India, que se confunden por su inmovilidad con los árboles bajo que se gasecen, ó con las piedras sobre que se arrojan, contemplando estáticos eternamente con los ojos convertidos hácia dentro, en cualquiera de los lóbulos del cerebro, nuestra República ideal. Nosotros, como no podemos prescindir de lo pasado, que nos liga por nuestros compromisos con él, no podemos prescindir de lo presente dentro de cuyo seno vivimos, sobre todo, si hay que preparar lo porvenir, tarea propia de todas las escuelas progresivas. Nosotros no hemos hecho el tiempo, lo hizo Dios; nosotros no hemos hecho la vida tal como ella es, también la hizo Dios. Pero nosotros, como seres vivos y no mecánicos, ni mucho menos abstractos necesitamos atender á lo que podríamos llamar las matemáticas y la biología de nuestra sociedad. ¿Qué hay, repito, en las condiciones políticas actuales de nuestra España? Pues hay dos partidos: uno que restringe y otro que amplía la libertad. Pues habíamos de condenarnos al peor de los suicidios, ó habíamos de estar con el partido que amplía las libertades. Esto no hay que achacarlo á mérito ni demérito, esto no hay que tenerlo como acto de voluntad libre por el cual se pueda incurrir en responsabilidad ante la historia; esto resulta una ley tan fatal como que la luna se mueva en el radio de atracción propio á nuestra tierra y la tierra se mueva en el radio de atracción propio á nuestro sol. El estólido rancio, que prefiere á un cristiano protestante un materialista empedernido; el viejo protés-tante, como hubo en la guerra de los Treinta años, que prefiere á un calvinista un católico; el intrínsecamente ultramontano, que se lanza en brazos de la revolución, huyendo frenético de lo que llama el vitanda mestizaje; el republicano rojo que antepone á la República unitaria el imperio ruso y el imperio alemán y el imperio austriaco, las monarquías más enormes y bárbaras, por un carácter federativo, todos esos me parecen fuera de la realidad y de la lógica. (Muchos aplausos.)

Se compone la línea de puntos, el tiempo de instantes, la serie de términos, la vida de fases; todas estas metafísicas, puestas en lengua corriente, significan como habeis de tratar por fuerza, así buenos vecinos, á los que se hallan cerca de nosotros. Yo me hallé con un partido en las primeras Cortes restauradoras que proclamaba la ilegalidad del republicanism español y con otro partido que proclamaba su legalidad. ¿Con cuál quería que yo me fuera? Yo me hallé con un partido que hacía la Constitución del 78, y con otro partido que sustentaba la Constitución del 69. ¿Con cuál me había yo de ir? Yo me hallaba con un partido que aplicaba la ley de remisiones, considerando sus cánones prohibitivos de los banquetes republicanos, y con otro partido que aplicaba la ley de remisiones, considerando sus cánones permisivos de los banquetes republicanos. ¿Qué debí hacer? Yo me hallé con un partido que promulgó una ley cesarista de imprenta, y con otro partido que restauró la misma legislación sobre tal materia vigente allá en los días de la República. Yo me hallé con un partido que rechazaba el Jurado, nuestra forma de justicia, y con otro partido que lo traía. Yo me hallé con un partido que prohibía los comités republicanos, y con otro partido que los dejaba vivir y organizarse. Yo me hallé con un partido que restableciera el censo y con otro partido que proclamara el sufragio universal. Yo me hallé con un partido que proclamaba la Constitución interna y con otro partido que proclamaba la Constitución externa. Yo me hallé con un partido que proclamaba la soberanía nacional. Yo me hallé con un partido, el cual, prescindiendo de la forma de gobierno en que disintíamos, y de la que no se trata hoy en el Congreso, tiene poco más de unos mis propios principios políticos. Pues yo sostuve durante las horas de nuestros combates oposicionistas una coacción estrecha con ese partido y consideré siempre sus ministerios, consecuentes á tal acto, como gobiernos de verdadera coacción. Y supe un caso rarísimo, sobre cuyos caracteres llamo vuestra atención y noble atención. Todos aquellos que nos criticaban más acerbamente, apodándose con los más denigrantes apellidos de nuestra lengua, condenen por hacer lo mismo en nosotros criticado por ellos y en sus arengas y en sus conculabulos zaherido como acto de traición. Ellos, que consideraban caso de honra el retraimiento, lo han abandonado; ellos, que creían viable de parir debilidad el debate y el voto en las Cortes, han votado y debatido; ellos, que se llamaban radicales y extremos, han unido sus rojos nombres á los pálidos nombres de la mayoría fusionista en la votación del Jurado y en la votación de la ley de asociaciones, y en otros cien casos análogos; ellos, que se decían sucesores del hombre de la revolución como sistema, en cuanto le vieron las orejas al lobo, en cuanto con la primer práctica y tangible revolución toparon, pusieron todos en cobro contra tal inesperada consecuencia de sus doctrinas, elevaron al cielo sus manos, y á nosotros se unieron en el acto unánime de reprobación y de anatema lanzado sobre aquel inoportuno estallido.

Pero ¿qué más? Ellos, que tanto nos critican la inteligencia con los fusionistas, entraron como doctrinas en una coalición electoral contra los conservadores, cuyo fin y objeto capitales consistían en derribar al gobierno existente por los medios legales y por los medios legales sustituir un gobierno de fusión. ¿Y por qué hay tanta diferencia entre sus palabras y sus hechos? Porque las palabras suyas responden a conceptos subjetivos de sus individuales inteligencias, y los hechos entran en la ley universal de la política. Es como si quisieran construir un motor de agua y dijesen contra las leyes hidráulicas. Mientras no lo hicieran más que ideal, podían muy bien imaginarse milagrosos y extraordinarios alá en su idea. Mas así que intentaran darle un viso de realidad, habían de someterse a leyes que no pueden de manera ninguna variarse. Cuando hablan, en las arbitrariedades abstractas de su pensamiento nos critican, pero cuando hacen algo, en sus prácticas y procedimientos nos copian. ¿Por qué? Porque nuestro sistema es un sistema objetivo congruente con toda la legislación real de los hechos y de las cosas, que nos enseña el movimiento de las sociedades humanas y nos demuestra y certifica el altísimo juicio de la Historia. (Muchos aplausos, exclamaciones de asentimiento).

En vista de todo esto me permitiréis que, poniendo a un lado los libros de caballería más o menos realizables, os comunique mi pensamiento sobre los problemas de urgencia. Para mí hay tres cuestiones de magnitud: primera la cuestión económica; segunda la cuestión militar; tercera la cuestión política. No conozco idea más admitida por todos y más falsa de ayo que la empeñada en aislar las cuestiones económicas y las cuestiones administrativas de las cuestiones políticas. Si a un animal carnívoro le pusierais el estómago de un animal rumiante ¿para qué le serviría? Si a un pájaro artista, como el ruiseñor, le pusierais las garras de un ave rapaz como el águila ¿en qué le emplearía? Preciso primero saber la política y después de saber la política, sabremos la economía, con ella correlativa y congruente. Si yo quiero una política de resistencia en el interior y una política de aventuras en el exterior, evidente que necesito, en vez de armada y ejércitos de defensa, ejército y armada de ataque; y si yo necesito armada y ejércitos de alto contingente para el orden público y de no menor contingente para la guerra europea, evidentemente que debo apañar un gran presupuesto y sacarlo de mis vejámenes y de mis imposiciones sobre los contribuyentes. El gran economista Magliani pudo muy bien suministrar su curso forzoso al papel moneda, y oír el odioso impuesto sobre la molenda, presentando unos presupuestos con *superavit*. Y pudo presentar unos presupuestos con *superavit*, porque Italia se redujo entonces a una política de concentración en el mismo y de progreso interior. Pero, en cuanto le dió a Italia esa luna de la política colonial y de las alianzas continentales, el presupuesto italiano, sometido a la misma dirección de un economista incomparable, tiende al déficit: que nada saca dinero de donde no hay dinero, ni cohonesto y compadecido gastos con ahorros. Luego todo buen plan económico exige dos cosas, estabilidad en el gobierno, paz en el pueblo. Pudo el jefe de los liberales belgas, el linote amigo mio Frere-Orban, abolir los consumos para el Estado porque fue ministro de Hacienda catorce años seguidos, sobre un pueblo que gozaba paz y libertad completas. ¿Pero qué demonios de economías podía yo dar a mi gobierno, con la fiebre aguda del cantonalismo en las regiones meridionales y la frialdad mortal del carlismo en las regiones del Norte? Una de las mayores desventajas que trae consigo un estado de guerra y de revolución como aquel nuestro en 1873 y 1874, es la imposibilidad absoluta de tener un presupuesto. ¿Qué presupuesto cabe cuando en tres meses gastáis quinientos millones extraordinarios para la guerra sobre lo contenido en el ordinario presupuesto? Así nosotros pusimos contribución hasta sobre las molendas del aire, y aquel excesivo vigor nuestro, sólo en lo posible patria y Hacienda. Pero si queréis buena economía, pedid estabilidad en los gobiernos y paz en los pueblos. Y para que haya estabilidad en los gobiernos y paz en los pueblos necesite que aquellos se funden a una en la voluntad y opinión de éstos. Y para conocer la voluntad verdadera del pueblo no se ha inventado ningún otro medio, ni lo hay en la tierra más que uno, el sufragio universal. He aquí por qué se halla para mí encerrado en las leyes referentes al sufragio, todo el problema político, absolutamente todo el problema político. El pueblo español, que si quiere a la verdad, quiere de veras, imponer su idea y su voluntad en los comicios. Y como no hay medio de fundar cosa ninguna contra la voluntad pública, quienes tengan esta voluntad concluirán por gobernar; y quienes por su mal, no lo tengan, de seguro harán lo posible por ganársela, huyendo como del peor mal, de todo aquello que trascienda en lo más mínimo a falsear esa voluntad soberana y omnímoda.

Aquí me hallo frente a frente con las afirmaciones del partido conservador, dichas por los elocuentísimos labios de su linote jefe. Ante una gran Asamblea de conservadores ha estado con soberana elocuencia nuestros principios; ante una gran Asamblea de republicanos, con menos elocuencia, pero con igual convicción, los defendiendo. Cuatro grandes afirmaciones hay en el discurso antedicho que se refieren a mi pensamiento y que contradicen mi juicio: (Atención: el concurso escuchaba con marcado interés.) Yo derivó la situación política, hoy dominante, no de la muerte del rey; de la coalición electoral de los partidos liberales. Para mí la sociedad, por esos procedimientos parecidos a los procedimientos de la Naturaleza, que parecen revelaciones, produjo, antes de que muriera el rey, la dirección antigua monárquica transformada en cosa tan impersonal como la regencia, un organismo director de la próxima situación política. El día que ganaron las elecciones de Madrid, el partido conservador estaba vencido, y el día que tradujimos en fórmula concreta el credo nuevo, encerrando en sus oraciones el principio democrático por excelencia, el sufragio universal, estaba hecho y arreglada la sustitución indispensable. Y el jefe de los conservadores dice, como si dijera cosa muy alarmante: Sabed que nos hallamos con un gobierno de coalición. ¿Y qué? Un gobierno de coalición se impone ahora, no en España, en todas partes, dada la crisis porque atraviesa Europa y en la transición donde nos encontramos. Gobierno de coalición el gobierno francés entre radicales y oportunistas; gobierno de coalición el gobierno italiano entre demócratas puros y liberales templados; gobierno de coalición el gobierno británico entre viejos torys casi reaccionarios y demócratas disidentes de Gladstone casi republicanos; pues no teniendo la sociedad muy determinado y concreto el ideal suyo, necesita esta clase de gobiernos mixtos en que penetran factores de lo presente y de lo porvenir con la proporción debida, según su importancia y su número. El partido conservador no puede venir, porque no puede formar una coalición. Si la formase con su derecha, con las gentes que perservan en su intemperancia carlista, como el partido liberal ha podido formarlos con su izquierda, con muchos elementos democráticos, sobre todo, el partido conservador tendría una fuerza y una importancia de que hoy carece. La nación española necesita saber que las propensiones a la derecha no traerán la reacción, como sabe ya que las propensiones a la

izquierda no traen la revolución. Y esta irrefragable afirmación mía respecto a la imposibilidad completa de las revoluciones bajo los liberales, desatina y con razón a los conservadores; porque no pueden volver, no volverán al gobierno como nosotros no lo llevamos de la mano con asonadas y pronunciamientos estériles. Así, el jefe de los conservadores, aludiendo insistentemente a mi persona, dijo cómo se gozaba de más orden bajo su gobierno que bajo el gobierno liberal.

Yo niego en absoluto. Guardaos Dios de imputar las catástrofes, con que la ciega Naturaleza muchas veces nos aflige, a mala ventura del partido conservador. Pero había una coincidencia extraña en su ministerio último: la coincidencia de haber aparecido por las cimas del gobierno la secta neo católica y ultramontana, quien, según lo lleva y lo trae y lo invoca, debe tener mucha mano con Dios. Y a pesar de hallarnos bajo el gobierno de los santos, Dios llegó a enfurecerse por tal modo con su pueblo, que las tierras se abrieron para vomitar a los muertos y enterrar a los vivos; mientras los aires, esos laboratorios de la vida, se llenaron a una con miasmas de peste, y nos trajeron, en vez de la lluvia que refrigera y del anra que vivifica, la ruina y la desolación. Pero, dejando esto aparte, los conflictos orrentísimos en el claustro de la Universidad, los pasajes frecuentes de la guarnición por calles y plazas en Madrid, aquellas elecciones municipales que tanto encendieron los ánimos, el cierre universal de las tiendas que produjo una manifestación aterradora y sin igual, hechos como el fasilamiento de Mangado y la cruel sentencia caída sobre los infelices de Santa Coloma de Farcés, la noche terrible y aterradora en que pudo venir sobre nosotros un 4 de Septiembre, las angustias pasadas entre aquel 4 de Septiembre y el 25 de Noviembre, terrible período de zozobras en que una parte del clero y otra parte del ejército conspiraban, el partido conservador nos trajo mal de su grado ciertamente, a una situación agudísima de carácter verdaderamente revolucionario, que sólo pudo calmarse y hasta desvanecerse merced a otra política más liberal y más en armonía y consonancia con aquello que forma el oxígeno de nuestro aire, con la democracia moderna. Delante de tales hechos yo considero cosa de importancia esencialísima el diez y nueve de Septiembre. Aquello fue una conjuración, aquello no fue una revolución, y las conjuraciones marcan siempre cuando no las ayuda un estado circunstancial de desasosiego y de revolución. Pero las manifestaciones de la Universidad, el cierre de las tiendas por el comercio, la noche del conflicto de las Carolinas, fueron una verdadera revolución política, no conjura y cristalizada ninguna de ellas, por haberse cambiado la complejidad revolucionaria de las democracias modernas en complejidad jurídica y por no haber ya partidos en España que se arriesgaran a tomar el gobierno de las asonadas militares y de los motines callejeros. No dudo que haya conjuraciones hoy, como las habrá mientras no pierda España por completo su viejo carácter absolutista. Conspiran los carlistas, conspiran los restos de la política española que no quieren renunciar al método de los pronunciamientos, conspiran, dicen, como según hemos oído en la tribuna, hasta una parte de la corte y hasta unos altos individuos de la familia real; pero esas conjuraciones, faltas del ambiente revolucionario, conjurado por la libertad y por la democracia, no pueden prosperar de ningún modo como prosperarían, si, para desgracia de todos, cayésemos en una ciega y soberbia política de resistencia y de reacción. (Aplausos prolongados. El auditorio entusiasmado interrumpe con repetidas salvas de aplausos al orador.)

He aquí por qué yo quiero la soberanía nacional inmanente; yo quiero que provenga el gobierno de Cámaras elegidas libremente por los comicios, y los comicios se formen por todos los ciudadanos, y se funden sobre las bases amplísimas del sufragio universal. Este gobierno de la soberanía nacional permanente, lo digo con franqueza y sinceridad, existe hoy mismo en pueblos monárquicos, en Bélgica, Holanda, Hungría Italia y en el mayor de todos ellos, en la parlamentaria y nunca bastante admirada Inglaterra. Allí, en esos pueblos, el rey puede ser enemigo de sus ministros, y los ministros conformarse con la enemistad implacable del rey, mientras los vote y los mantenga el Parlamento. Así puede ser ministro del rey de Italia un heroico soldado de Garibaldi, como Crispi; ministro del rey de Bélgica un hombre que lo amonésco a la suerte de Luis XVI en cierto arrebatado parlamentario; ministro del rey de Hungría un discípulo de Kossuth muy glorioso con sus principios y con su historia; ministro de la reina de Inglaterra un orador que le había regateado su presupuesto, y había tenido el atrevimiento de proponer que se levantara una estatua en las calles de Londres al gran conspirador llamado Mazzini. La monarquía moderna inglesa hubiera perecido en este siglo, como pereció la monarquía estuarda en el siglo decimo séptimo, si no advierte al trono una mujer como la reina Victoria. Los Jorges de Hannover, con especialidad Jorge IV, hubieran acabado con la monarquía británica por su política personal, como acabaron con la vieja monarquía estuarda Carlos y Jacobo II. Hala conservado Victoria, por haber patentemente perdido todo poder y hasta toda influencia. La reina de Inglaterra no tiene la facultad del último amor de esa en su patria; no puede nombrar sus domésticos. La reina de Inglaterra no designa sus ministros, a veces no los conoce. La reina de Inglaterra no tiene veto. La reina de Inglaterra puede dirigir una carta de su puño y letra contra los ministros a un ciudadano cualquiera, sin que por eso los ministros dimitan. La reina Victoria está por una larga tradición acostumbrada, y no la desmentirá jamás, a que designe en los comicios el Parlamento y el Parlamento los ministros. Así pueden ser allí ministros de la reina Victoria, sin desdoras, republicanos como Bright, Dilke y Chamberlain. Yo creo que la salvación de nuestra patria se halla en que las asambleas populares nombren los Parlamentos y el Parlamento nombre a los ministros por el método y uso británicos. Pero esto desatina por completo a los conservadores, el que la monarquía pierda su poder y guarde sus blasones. Ellos tenían otra concepción monárquica naturalmente; no renuncian al gobierno parlamentario, porque, grandes oradores, conocen que allí está su fuerza, y que hasta la cantidad mínima de libertades por ellos proporcionada, y los escasos derechos por ellos mantenidos, necesitan imponerse a las coronas por medio de los Parlamentos. Pero, haciendo del viejo sistema doctrinario una especie de Koran, declaran superior y anterior, la monarquía, señores, ¡qué absurdo! a la nación misma, y el rey, elemento consustancial con las Cortes. De aquí una doctrina, completamente contradictoria con la doctrina inglesa, con la doctrina italiana, con la doctrina belga, con la doctrina húngara; una doctrina que somete la nación y las Cortes al rey, en vez de someter el rey a la nación y a las Cortes. En el concepto de la monarquía restaurada hubo algo siempre de imperio alemán. El caso prusiano, puesto sobre la cabeza del rey, significó algo más que una prenda militar, significó el símbolo de aquella monarquía. Y, la prueba se halla, prueba manifiesta, en que dieron los conservadores una ley militar, mediante la cual gran parte de los derechos parlamentarios sobre todas las fuerzas armadas, pasaron a manos del rey. Así llegó un día yo a decir, siendo por el rey el ejército, lo pagara de su lista civil. El poder de D. Alfonso fue siempre un poder personal, templado por una historia y por una

inteligencia parlamentarias de primer orden, que tomaba, sin embargo, aspectos de cancellerato. La concepción monárquica de hoy debe ser aquella que yo formulé así en la primera sesión de la Cámara del 76: al votarse a la corona, el mensaje. Yo me limito a trabajar porque predomine el poder parlamentario sobre todos los poderes públicos. Esta fórmula no la puedo aplicar yo, porque yo no puedo ser ni ministro, ni presidente del Consejo en ninguna monarquía, tenaz republicano. Pero puede y debe aplicarla el partido liberal. Creado de un republicano, el cual puede repetir aquí los célebres versos del Rabi Don Sentob: «No desechéis las verdades buenas por las de un judío».

Esta es la fórmula de Argüelles, la fórmula de Odozga, la fórmula viva que mantuvo y aplicó la general Espartero, la fórmula en que se hallan asentadas la Constitución del 12, del 37, del 56 y del 69; la fórmula única en cuya virtud pueden llamarse con algún decoro monárquicos en el día, viejos y probados demócratas. El jefe de los partidos conservadores, al plañerse como se ha plañido, con tanta tristeza, que la monarquía pierda el carácter prestado por él y por el rey Alfonso XII a la restauración alfonseca, desconoce una verdad, que mil veces le habian dicho con sus respectivos maravillosos géneros de verdadera elocuencia los señores Márto y Sagasta, desconoce que aquel se convirtió a la monarquía, si, pero a la monarquía democrática, y que éste aceptó la Constitución del 76, si, pero manteniéndola e interpretándola con el espíritu propio de la Constitución del 69. Y esto es tan cierto, que constituye la única explicación posible de lo que ha dado en llamarse pacto del Pardo. No hay tal pacto, ni tales carneros. El jefe de los conservadores sabe, pero no dice, no, porque no conviene a su táctica y estrategia, la filosofía de la esena del Pardo. Al morir Alfonso XII murió, como al morir el último rey Hannover, el resto de monarquía personal que aún quedaba en nuestra patria, la monarquía proclamada en Sagunto, y al ascender la reina Cristina, en virtud de la Constitución y de las leyes, se convirtió en ella, como al reinado de Victoria en Inglaterra, el primer símbolo de la monarquía parlamentaria. Yo sé que con esto desconosco mucho al jefe de los conservadores, cuya oración adolece de notas tristes, dichas, como lo dice todo él, con robusta y poderosa elocuencia. Pero amigo mío de la infancia, quiero darle un consuelo. Con su teoría, con la doctrina de una realeza eminentísima y una constitución interna, el poder real brillará más, pero durará menos. Con la teoría de los demócratas y de los liberales, con esa teoría considerada por el jefe de los conservadores como escasamente monárquica, el poder real brillará menos, pero durará más. No hay que fiar en las personas. Mi por tantos titulos ilustre amigo, poco todas sus teorías en la cabeza de un joven casi niño, que parecía predestinado a sobrevivirnos, hasta suceder a la vieja e histórica generación republicana. Y el rey se le murió. Un día, que trataba él de las grandezas personales de D. Alfonso XII, yo le dije, he recordado ahora, estas palabras: «Señor presidente del Consejo, un profeta dijo: «solo Dios es grande». Pues yo digo: «solamente la nación es grande, solamente la nación es soberana, y sobre todo, señor presidente del Consejo, solamente la nación es inmortal». En efecto, Dios confió en el Pardo la soberanía doctrinaria: Dios castigó a los sofistas. La nación pudo salvarse sin el rey, sin poder personal, por su respeto a las leyes impersonales. (Aclamaciones y aplausos entusiastas y estrepitosos.)

Y nación que ha pasado por aquella crisis in esperada, súbita, sin alterarse, muestra cuanto confía en sus fuerzas y de qué suerte merece gobernarse y dirigirse a sí misma. Y como esta nación sea, no sólo por su temperamento, sino también por su historia una democracia, precisa reconocer aquel medio propio de manifestar su voluntad las democracias, precisa reconocerla a toda prisa y a todo evento el sufragio universal. Mas, desconocedor el partido que cree representar la idea conservadora, desconocedor del carácter nacional, atribuye con cierto dejo amarguismo de ironía toda el entusiasmo sentido por el pueblo hacia esta reforma, lo atribuye, digo a un empeño delamarento mío de presentar la como panacea universal. Yo jamás he presentado como panacea ninguno de mis principios, ni la democracia, ni la República, ni el sufragio universal. Orélos aquejados todos ellos de las contingencias que acompañan a la naturaleza humana y susceptibles de que los eclipse y oscurzca el nefasto elemento llamado por mí con más o menos propiedad *impresión nativa de toda realidad*. Pero yo sostengo que hallándose fundada la civilización moderna en principios comunes a todas las naciones, como sucedió cuando toda ella estaba fundada en el imperio romano, en la teocracia pontificia, en el feudalismo germánico, en los municipios y en las Cortes de los postreros siglos medios, en las monarquías absolutas, hallándose fundada Europa en esta solidaridad, y siendo España, más que ninguna otra nación, una verdadera democracia, el sufragio universal escrito en todas las constituciones americanas desde la Virginia a la Patagonia; generador de las instituciones francesas y de las instituciones alemanas; base firmísima en la cual descansan monarquías como las que van naciendo en Oriente y Repúblicas como las que remata y corona con sus esplendores la cima de los Alpes; generador de la Hungría independiente así como de la Italia una; medio por el cual se ha consagrado la emancipación de Milan, de Venecia, de Roma, el sufragio universal que nos dieron ya las inmortales Cortes del año 12, y que nos restauraron las no menos gloriosas del año 69, ha de implantarse por necesidad y sin remedio sino queremos resaca en las antiguas fiebres revolucionarias, y queremos asentar sobre los fundamentos del sufragio nacional en esas bases gratuitas de la incontrastable voluntad popular, el régimen definitivo de nuestro imprescriptible derecho. Esta verdad incontrovertible ha sido en la ocasión que recuerdo contestada. Se ha dicho con olvido, por historiador tan eximio, de la peregrinidad que reina sobre todos los átomos en estos períodos de transición, que había votado la dinastía extranjera, la República democrática y la Restauración borbónica. Pero luego, como queriendo exentarlo de esta última falta, como queriendo redimirlo de este último pecado, el jefe de los conservadores anunció con una lealtad y franqueza dignas de todo encomio, que habíamos de mentir el sufragio universal en su tiempo y por consiguiente no había votado aquel su increíble suicidio, la monarquía restaurada. Pero aquí hay una singularidad desconocida en la historia hoy; el sufragio universal no puede tomarse como bueno porque se halla expuesto a falsificaciones; peregrina cosa, cual si os dijera desear una moneda corriente y áurea porque hay en el mundo falsificadores. Se falsifica la plata, el oro, todo lo bueno, y por eso a nadie se le ha ocurrido jamás decir que deban desecharse como signos de la circulación y del cambio, como precio de las cosas, como representantes de todos los valores. Y el sufragio restringido ¿no se amaña, no se falsifica jamás? Yo no recuerdo Cortes a las cuales no se les haya dicho en los temas más varios y por los oradores más opuestos, que fueron tormenteando falsas por la falsificación universal. Y ¿quién se le ocurrió jamás, que por esta razón las Cortes debían ser abolidas? Abolidas, abolidas, aun después de haberlas llamado falsificadas y si queréis falsificadas, y vereis cómo se levantan de nuestros arruinados municipios y de nuestras gloriosas tradiciones;

como invocó España sus Lanzas y sus Padillas, porque las defendieron aunque no las salvaron; cómo aquel día en que unos rayos infames vandieron en Bayona la nación al extranjero, las Cortes se congregaron en Cádiz y nos salvaron; cómo después de haber perseguido a sus más ilustres representantes en la infame reacción del 14, todavía nuevamente reaparecieron a la voz de Riego, y acaban así con la Santa Alianza de los despotas como con la reacción francesa harida en el Trossadero de muerte, y esparcen los gérmenes de libertad en Italia, y aguijonean la independencia de Grecia, sin que la infame traición del 23 pudiera matarlos, porque al renacer de nuevo el pueblo español y sentir los ardores de los grandes sentimientos modernos en su corazón, las Cortes se han reunido siempre invocadas por el pueblo, y donde quiera que se han reunido, han salvado siempre la libertad y la patria. Yo le digo al jefe de los conservadores que todo cuanto ha pasado con las Cortes, inmortales, a pesar de las alteraciones sufridas, pasará con el sufragio universal. El pueblo español lo quiere y no hay más remedio que cumplir la voluntad del pueblo. Cuando se funde sobre base tan progresiva y amplia, sólido será; cuando se funde sobre base tan progresiva y amplia pasará sin remedio. Ese comicio, el sufragio universal, nos desahoga de la fiebre revolucionaria y nos trae con matemática exactitud el triunfo y reinado de la democracia pacífica. No tiene más remedio el partido conservador que partir del sufragio universal, gobernar con el sufragio universal, ó perecer para siempre. Necesita para su bien y para bien de la patria esta inevitable transformación. Yo me la prometo con grandísimo placer y la espero con atento cuidado un día de las últimas palabras pronunciadas por el jefe de los conservadores en la maravillosa disensión del último mensaje. Hay que partir para las épocas conservadoras como en Inglaterra, de todo cuanto hagan las épocas liberales. Y el jefe de los conservadores grita: «se nos pide una apostasía». Esa palabra sienta bien allá en labios de utopistas; esa palabra no sienta jamás en los labios de un hombre de Estado. Son apostatas aquellos que pasan de unas tendencias a otras tendencias radicalmente opuestas y contrarias. Pero los que acomodan un tendencia histórica y natural a los principios y a los hechos inevitables, esos no son apostatas. Nadie ha llamado apostata jamás a Gambetta, sino algún damagogo deménte, porque partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado aceptara el Patronato y el presupuesto eclesiástico y el régimen concordatario. Nadie creará no, a los conservadores apostatas porque gobiernen con el sufragio universal. Pero dicen ellos por boca de su jefe tan autorizado, hay quien se propone arrojarnos para siempre del gobierno. ¿Cómo se dice tal cosa delante de demócratas? No obstante lo muy lejos que va quedándose de la vigente legalidad el partido conservador, nosotros jamás le llamaremos partido anti legal como no se alos por su monarquía semi absoluta en armas y en rebelión. Nosotros llevamos en la bandera el mote aquel humanitario con que los misérrimos polacos desafiaban a sus verdugos los cosacos: «¡pelamos por vuestra libertad y por la nuestra!» Nosotros queremos la imprenta libre y que los conservadores tengan cuantos periódicos les plazca; nosotros el Jurado popular y que los conservadores juzguen; nosotros el sufragio universal y que los conservadores voten. Lo que nosotros no queremos es que llegue el partido conservador hoy a interrumpir la obra del sufragio universal y que después de dado el sufragio universal nos venga el partido conservador a falsificarlo como diz que lo falsificó en las primeras Cortes de la Restauración. Cuando se trata de una reforma tan grave hay que proceder con toda lentitud. (Muchos aplausos.)

Y a esto dicen ¡pero vamos a quedarnos nosotros fuera del gobierno diez ó doce años? A esto no se que responder. Se me ocurre tan sólo enojar me de hombres. Pues qué nosotros los feroces republicanos no estamos hace quince años fuera del gobierno y nunca nos quejamos? ¿Pertenececen ellos como los patrios romanos a las mayores gentes y nosotros a las gentes menores? ¿Han salido ellos de la cabeza de Braham y nosotros de sus pies? (Movimiento de impaciencia en el público que a duras penas ahora sus brazos y que al cabo estalla en estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.) ¡Cuál actitud para el gobierno llevan en su sangre que no tengamos nosotros? ¡Cuál privilegio tuvieron que yo no goce jamás? (Aplausos y bravos.) Gobernarán cuando la nación los necesite y los llame y dejarán de gobernar cuando la nación los condene y repela. No hay más juez ya, que la nación en nuestros litigios y solamente la nación es verdadera soberana. Sucede ahora que la liturgia de los conservadores se ha concluido y ellos no quieren creerlo. Opuestos a la libertad de imprenta y de enseñanza y de reunión decían, que todos estos principios iban a traer disrupciones y perturbaciones y no han traído ninguna. Pues lo mismo pasará con el sufragio universal, exactamente lo mismo. El pueblo español ha entrado en su madurez y es apto ya para gobernarse a sí mismo. Por tanto no podemos tolerar sin una protesta enérgica la desdichada frase de que desea la papeleta del voto para darse la vil satisfacción de venderla. (Grandes aclamaciones.) Protesto contra esas palabras, y protesto con sobriedad por no querer exacerbar los ánimos ni agravarlos. Cuando se oren todo eso es necesario no llamar al pueblo a las armas. Hay una intervención ó una invasión extranjera, traidora, felonísima y reosaba la independencia nacional con la sangre del pueblo; hay una guerra civil engendrada por la superstición mantenida por el fanatismo y llamais a las puertas de las cosas del pueblo para que os entreguen sus hijos a fin de salvar la libertad más cara que la vida; está el filibustero americano empeñado en la obra imposible de extinguir los reflejos del genio español allí donde será siempre inextinguible, en el Atlántico y de arrebatarnos las islas, testimonios vivos de nuestra grandeza engarzadas en el azul golfo mejicano como anillo nupcial entre el viejo continente y la joven América, y mandáis al pueblo a que luche no con los hombres, fácilmente vencibles, sino con los invencibles elementos, con la fiebre disuelta en los aires, con el vómito disuelto en las aguas, con los rayos de un sol tropical, con los mortales vapores henchidos por los venenosos miasmas de la mar, y, sois tan crueles que después de haber amasado el sacro suelo de esta patria con la sangre del pueblo y hecho fundamento de vuestros mismos hogares los blancos huesos del pueblo esparcidos en todos los campos de batalla, ocultas las competencias guerreras y reanudadas las competencias pacíficas creéis indugios é incapaces de dar un voto por la patria y por las leyes a los mismos que dan por la patria y por las leyes toda su existencia. (Extraordinaria emoción en el auditorio, que prorrumpe en estrondosos aplausos, bravos y vivas a Castelar y a la libertad. Casi en masa el auditorio se levanta y subido en los bancos agita los pañuelos, y reanuda antes de acabar la salva de aplausos ó de los vivos.)

El sufragio universal tiene la inmensa ventaja para mí de que resuelve la cuestión política. Dotados los ciudadanos españoles de sus derechos naturales, tanto por leyes como por costumbres inmemorables, tanto por leyes como por costumbres inmemorables, y dotada la nación española de su inmanente soberanía por el sufragio de todos sus hijos, no queda ni el más leve pretexto a las agitaciones revolucionarias, ni el menor abrigo a las desobedecidas utopías. Por consecuencia, tenemos resuelto con tal ventaja

progresiva el problema político, y reconstituidos los inmortales principios de Septiembre. Por la profunda convicción mía de que, resolviendo el problema político, se resuelven todos los problemas, he me opuesto con todas mis fuerzas a la prelación del problema militar. Tal opinión acaba de traerme grandes disgustos, que yo acepto sin dificultad alguna, porque todo amargor se torna dulzura, cuando cree uno sufrir por la libertad y por la patria. Los impacientes por la solución inmediata del problema militar, dicen a todo decir, y con esto se cree coherente hasta una medida dictatorial y revolucionaria, que las reformas militares son reformas democráticas. Lo niego en absoluto. El ejército está organizado bajo los mismos principios en Suiza y en Rusia, en los Estados Unidos de América y en la monarquía de Inglaterra. Desde el punto y hora que se crea militar, de quiera lo sea, la ordenanza, la disciplina, la obediencia pasiva se os impone con imposición incontestable. No están fundadas las fuerzas militares en ningún principio democrático. La democracia es libertad, el ejército autoridad; la democracia obediencia voluntaria, el ejército fuerza obediencia; la democracia derecho, el ejército disciplina; la democracia va en todas partes a la imprecindible abrogación de la pena capital, el ejército ha de sostenerla y sobre su rigor fundarse. No se diferencia hoy en cosa alguna el ejército de la República francesa y el ejército de la monarquía germana. Difierán las costumbres, no difiere la organización entre ambos. Así no debemos considerar el ejército, ni como de la escuela democrática, ni como de la escuela reaccionaria, ni como de la escuela conservadora. En que los órganos cumplan su respectivo ministerio se funda la salud, la regularidad y el consorcio y armonía del organismo humano. No se puede pensar, sino con el cerebro; no se puede digerir sino con el estómago. No le pidáis ideas al órgano que distribuye la sangre, ni se las pidáis al órgano que segrega la hiel. No debe ser el ejército, ni democrático, ni fascista, ni conservador, ni republicano. Tenemos todos igual necesidad, igual, de su consorcio, y hemos necesidad todos de organizarlo con arreglo a principios exclusivamente suyos, técnicos, científicos y no con arreglo a nuestras ideas de esta, y no con arreglo a nuestras pasiones del momento, y no con arreglo a nuestros intereses de partido. Se diferencia en una cosa a los ejércitos europeos y americanos; en lo que podemos llamar modo de reclutamiento. Hay ejércitos voluntarios, como el ejército de Inglaterra, y hay ejércitos forzados y de servicio universal obligatorio, como el ejército de Alemania; y hay ejército en parte forzoso y en parte voluntario como nuestro ejército de ahora, compuesto de dos fracciones, una fracción llevada por las quintas, y de otra fracción llevada por las reducciones. Yo confieso preferir a todo, el servicio universal obligatorio. Yo declaro que me parece una compensación indispensable al sufragio universal, el servicio universal. Yo creo que concluirá las legislaciones futuras por hacer obligatorio a los ciudadanos el sufragio y el servicio. En este punto no he tenido jamás vacilación alguna. Pero yo declaro, que no puede ser en la historia de nuestra democracia el obligatorio servicio, un principio de escuela y de partido. Con decir que lo tienen los alemanes y que lo tienen los suizos, está dicho todo respecto de la indiferencia política en tal organismo. Con decir que una parte considerable del partido republicano conservador y otra parte considerable del partido republicano federal quieren el servicio voluntario, he dicho que no podemos aducir el forzoso y el universal como un dogma de nuestro partido. Nosotros, los demócratas republicanos históricos, realizamos el servicio universal forzoso, cumpliendo así las leyes en hora bien terrible y angustiosísima. Se necesita pasar por esta reforma, que los demócratas monárquicos abolieron, en cuanto llegaron al poder tras el 3 de Enero, para comprender su justicia intrínseca y con ella comprender también su enorme dificultad. Envaneciéndonos mucho de ver todas las clases en el ejército y soldados rasos acompañando en coche o a pie a las más nobles damas. También recuerdo haber pasado meses enteros en escuchar las quejas de los padres de familia, que se amotinaban contra la reforma, y recuerdo haber aplaudido con viveza y entusiasmo las medidas rigurosas, adoptadas para conjurar las numerosas y falsas excepciones por el ministerio de la Gobernación. Todo esto me hizo creer entonces, no obstante mis rigores en cumplir la ley, como cumplí todas las leyes, que se necesitaba preparar mucho este mejoramiento social, si la falta de oportunidad en su realización práctica no había de frustrarlo, a lo menos detenerlo por mucho tiempo, pues la experiencia decide más de las cosas políticas que la teoría en este nuestro bajo mundo.

Confieso mi falta. Yo había soñado con otro género de soluciones para la cuestión del ejército. Cuando el Sr. Sagasta vino a Barcelona, y pronunció aquel admirable discurso sobre la enseñanza que nos traían las escuelas, vistas en sueños fatídicos o funcionando por los mares, congregadas en una obra de paz, y no en una obra de guerra, oí yo que la tentaría la noble ambición de iniciar una política de verdadera enseñanza y ejemplo universal, para la que nadie tiene hoy las facilidades que nosotros tenemos, la política del desarme internacional. Pensemos ahora el mundo europeo bajo la inmensa pesadumbre de sus armamentos. Nadie puede hoy desarmar, nadie, por el recelo que tienen unos vecinos de otros vecinos. El único pueblo continental, capaz de un régimen de desarme, es el pueblo español. Nadie ha prestado, nadie, de todos los partidos vivientes, a las armas españolas, al ejército español entero, los innumerables servicios que nosotros, los republicanos históricos, una larga comecion, producto natural de las revoluciones, lo había casi disuelto cuando llegamos al gobierno. Sin cuerpo facultativo de Artillería, sin ordenanza y a la vez, disciplinado por las calles de Barcelona y de otras ciudades; gritando los soldados, como toda España lo escuchaba, galones y estribos abajo; desconociendo el respeto a los jefes; acabada la gerarquía; marcho Cabrinetti, más al abandono de los ejércitos que al empuje de los carlistas; fusilado un coronel de infantería en Sagunto por sus propias tropas; nosotros restablecimos la disciplina, nosotros aplicamos la ordenanza, nosotros restauramos la pena de muerte en el ejército, nosotros restablecimos el cuerpo facultativo de Artillería, nosotros nutrimos con ochenta mil hombres más las fuerzas armadas, nosotros movilizamos las reservas, poniendo la primera piedra, la piedra fundamental, en aquella maravillosa obra, que debía terminarse con el arraigo completo de la paz pública y el íntegro salvamento de la unidad nacional. No podemos de ningún modo, quienes así procedimos, en días de angustia, resentir sospechas al ejército, en tanto que guarde como guardara el ejército español siempre, aquel os efectos de gratitud que obligan a las colectividades y a los individuos.

Nosotros queremos que subsista el ejército para nuestra seguridad interior, pero que subsista en estado de reserva, guardando solo en pie de guerra y en servicio usual o corriente aquellos cuerpos en dispensables al orden público interior. Con este modo, que yo asiento y que yo propongo, las economías en el presupuesto general habrían de resultar cuantiosas y el desahogo de nuestro Erario completo, sin detrimento de la plana mayor tan retribuida o más retribuida que ahora, y sin mengua ninguna del servicio militar exactamente cumplido en reuniones periódicas de instrucción y ejercicio, pro-

vesos a un mismo tiempo para las contingencias de nuestra defensa y para el progreso de nuestra industria y agricultura nacionales. (Aplausos.) Por método tan expedito y breve calmaríamos ese afán universal de verdaderas economías, el cual nos trae zozobras sin cuento, y estableceríamos unas reservas, base verdadera de nuestro futuro poder militar. Cuanto más examinamos este plan, más vemos la correspondencia suya y conformidad con las demandas y los experimentos y las imposiciones de una opinión internacional que desea salir de la paz armada y entrar en la paz firme; la democracia, cuya libertad no puede sostenerse y prosperar sino ahuyentando la guerra con sus inevitables retrocesos; de un ejército que no pueda rubrirse con un reclutamiento simplificado ni organizarse técnica y científicamente sino por medio de amplias y efectivas reservas. Este voto mío es el voto universal de la conciencia pública. Este voto mío es el voto de la opinión universal. No hay principio sociológico ninguno tan exacto como aquel que indica la transición de las sociedades civilizadas desde un organismo viejo de guerra y de combate a un organismo nuevo de trabajo e industria. La miseria, la triste lobreguez intelectual, el hondo malestar que sienten sociedades como la sociedad rusa y la sociedad osmaní, provienen de que son sociedades organizadas para la conquista, quienes, al encontrarse dentro de atmósferas como el espíritu de nuestro siglo, en la cual no pueden respirar, se sienten como el octáedo salido del agua y en trado en el aire, moribundas por no poder soportar en su retina la sobreabundancia de luz y en sus pulmones la sobreabundancia de oxígeno. Y la pasmosa prosperidad y el rápido progreso de unos Estados tan jóvenes como los Estados Unidos, en el Norte de América, y la Confederación argentina, en el Mediodía, provienen de que van organizándose poco a poco para el trabajo, para el comercio, para el cambio, para continuar la creación divina y prosperar en vez de detenerla y destruirla. Pues bien, así como el descubrimiento de América resultó en el pasado la losa de plomo caída sobre todo aquel feudalismo territorial de la Edad Media, el descubrimiento de una sociedad sustantada sobre la industria como las dos sociedades que acabamos de mencionar, con el ejército una y otra necesario a su orden interior, destruye todo el feudalismo imperial y guerrero de nuestros tiempos. Esa imperio alemán, que tanto se ufana con su ejército en armas, ejército de conquista, debía saber como esta organización contradictoria de todo en todo con la naturaleza del espíritu moderno, le trae otro ejército de tristes emigrantes, el cual corre hacia las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, llegando a constituir una familia de nueve millones, satisfecha con el alejamiento de una patria inhóspita y con el hallazgo de un hogar, de un templo, de una escuela, de un trabajo libre en el seno de la democracia y de la República. (Prolongados aplausos.) Siempre que pasan las sociedades humanas de una fase a otra más progresiva, la gloria mayor que puede adquirirse por un hombre de Estado, estriba en ponerse a un servicio incondicionalmente y prepararla con tiempo. La gloria de Savonarola consistió en haberse adelantado a la Reforma, y la gloria de Federico el Grande con Carlos III, en haberse adelantado al espíritu laico revolucionario de nuestro siglo, y la gloria de Cavour en haber alcanzado cuán viva está la idea de nación en los tiempos modernos y haber hecho el milagro de la Italia reditiva con las sobrenaturales adivinaciones de su genio. Pues bien: el hombre que sirva de igual modo a esta transición metamorfose de las sociedades guerreras en sociedades trabajadoras, de las sociedades de combate y exterminio en sociedades de paz y de progreso: ese hombre se contará entre los bienhechores de la humanidad y entre los dioses de la historia. El trabajo, el pensamiento y Dios, forman la trinidad que se levanta sobre la cima del Universo. Este trabajo puede ser del alma o del cuerpo, puede ser muscular, o nervioso, pero lo produce todo con su genio creador, lo esclarece todo con el resplandor irradiado por su ideal, y lo anima todo y lo sostiene y lo conserva todo con el calor de su vida. Pues bien, el pueblo europeo continental que puede inaugurar esta edad del trabajo sucesora de la edad del combate íabí es nuestro pueblo español. El sentimiento de la legalidad y de la justicia por tan misterioso camino ha penetrado en el corazón de nuestras muchedumbres, que puede haber una revolución popular en Berlín, en Petersburgo, en Viena, y no puede haber una revolución popular, no, en Barcelona, en Valencia, en Madrid. Tenemos por este sentimiento del derecho arraigado en la democracia nacional, asegurada la paz interior, y necesitamos para este fin muy poco ejército en pie de guerra y mucho ejército en pie de reserva. (Asentimiento.)

Y respecto de la política exterior, todo nos aconseja un retraimiento absoluto. Nosotros para nuestro bien estamos lejos, muy lejos de las rivalidades existentes entre Francia y Alemania, entre Inglaterra y Rusia, entre Rusia y Austria, entre Austria y Turquía, entre Turquía e Italia, entre Italia y Francia; nosotros no tenemos nuestra neutralidad a merced y arbitrio de cualquier ejército invasor como les acontece a Bélgica y a Hungría; nosotros no nos hallamos en período de formación como Grecia; nosotros no necesitamos mirar a los ojos del Kaiser cuando está en Berlín o del zar cuando está en Petersburgo como Serbia, Bulgaria, Rumanía, y el Montenegro; las antiguas competencias diplomáticas entre Inglaterra y Francia, que tanto molestaron a Espartero y Narváez, que tanto dividieron a moderados y progresistas, no pueden resucitar, gracias a los progresos de nuestra democracia tan desnotada y sin embargo tan gloriosa, gracias también al establecimiento en Londres y París de gobiernos cada día más democráticos; estamos, pues, en el deber de retirarnos en nosotros mismos y consagrarnos al exclusivo cultivo de nuestros intereses nacionales y al desarrollo íntegro pero progresivo de nuestra vida interior. (Bien.)

Un ejército muy numeroso, puesto que debe decirse toda la verdad, en pie de guerra, es oírse para mantener vivas las más tristes propensiones de nuestra raza, las que más han disminuido nuestro influjo y manchado nuestro nombre, las propensiones al pronunciamiento. Y el pronunciamiento tiene hoy tres factores que lo socorren con más o menos intermitencia; primer factor, las rivalidades rígiditas dentro de la dinastía reinante con la regente y la regencia; segundo factor, el republicano revolucionario en todos sus grados; tercer factor, el caudillaje militar. Todavía se comprende que principios nacidos en competencias históricas y seculares con otros principios de sus propias familias, continúan el destino de esas peses devorando Felipe de Orleans a Luis XVI, Luis Felipe de Orleans a Carlos X, Antonio de Orleans a Isabel II; parecen especies criadas para estar fijas según los cumplas, y sujetas como los Edipos y como los Atridas a una incontestable fatalidad. Todavía se comprende que partidos jóvenes, aquejados por la sed ardiente de lo ideal, muy hechos al sacrificio y al martirio, impacientes por ver cumplida la fórmula del progreso futuro se arrojan dementes y suicidas en el abismo de la revolución militar y perpetran las tentativas de Bsdajoz y de Madrid que tanto nos retrasaron y nos hirieron. Pero no puedo entender, no puedo alcanzar como hay quien crea posible adelantar una medida cualquiera civil o militar, imponer una medida cualquiera militar o civil, por medio del temor al ejército que haría tarde o temprano un daño tan terrible como el caudillaje. ¡No comprenden los que así piensan cómo el soldado no es

un ser abstracto sino vivo en el ambiente social, y que llevado a la muerte por una causa nacional como la República o la monarquía, va; pero llevado por los intereses o los provechos de sus oficiales rompería con la mayor facilidad su disciplina, disolviéndose todos los organismos militares en una disolución sin igual y sin ejemplo. ¿Tan lejos se creen aquellos tiempos en que una Diputación provincial, como la de Barcelona entonces, pudo disolver el ejército no oyendo en otro medio de impedir la conspiración reaccionaria que debía estallar aquí en los últimos días de D. Amadeo y que llegó a estallar en los tres primeros días de la República? Yo sostengo que las revoluciones más militares se han intentado y se han concluido por impulsos de política civil, meramente civil. Triunfó Elio el año oatorce porque llevaba tras sus infames banderas la España realista y clerical; triunfó Riego el año veinte porque le sugirió su propósito y le dió impulso la ilustre masonería política, compuesta por nuestros liberalísimos padres; triunfó García el año treinta y seis porque contra el raquítico estatuto de los doctrinarios, proclamó la democracia constitución del doce; triunfó Espartero el año cuarenta por significar cosa tan querida de los españoles como el régimen municipal en toda su extensión y pureza; triunfó Narváez el año cuarenta y tres por el descrédito de la regencia, por las coaliciones de López y Olózaga con los moderados, por la pujanza que tomaran con la mayor edad de doña Isabel II todos los partidos reaccionarios; triunfó el año cincuenta y cuatro O'Donnell por invocar la Milicia Nacional, tan popular en su tiempo como fuera popular el régimen municipal en los tiempos de Espartero; triunfaron Serrano y Prim el año sesenta y ocho porque tenían tras de sí la España liberal y democrática, como triunfaron Pavia y Martínez Campos el año 74 y 75 porque tenían tras de sí la España conservadora y reaccionaria; pero por su organización interior, ni ha peleado, ni peleará jamás el Ejército en España. (Muy bien grandes aplausos.) Desde 1870, desde la trágica y gloriosa muerte del héroe general Prim, se ha concluido, no solamente con la política militar, se ha concluido con el predominio de los generales en el gobierno y en el Consejo de ministros. El general Serrano, con todas sus altas dotes, quizás por sus propias altas dotes, era más político que general y representó el paso de las jefaturas militares a las jefaturas civiles en los partidos militantes. Llevamos diez y ocho años de jefes civiles para todas las agrupaciones. Es necesario perseverar, porque Europa entera está mandada por hombres civiles: Floquet, Salisbury, Crispien, Tisza, Giera, Bismarck, por militar honorario, pues con su caso y sus espuelas y en honor y en su sabio y su lógico no ha dirigido una campaña ni disparado una escopeta. El ejército, que es nuestro brazo, no puede ser nuestra cabeza. (Bravo!) De consiguiente hay que organizarlo bien para obedecer, no hay que organizarlo para dirigir. Por fortuna se trata del soldado español, tan sobre como valeroso; de virtudes militares sin tasa ni número; resistente como un soldado británico y furioso como un soldado francés; en las montañas tan ágil que parece de Grecia o Albania y en los llanos tan fácil a la evolución y a la estrategia que parece de Austria o Alemania; sufrido como los turcos en los sitios, lo cual no impide que sea en los asedios andaz y solo comparable a sí mismo; propio para hollar, como los árabes, el desierto líbico sin rendirse, y para correr, como el gaúcho, en las mangas y en las selvas del trópico sin abrasearse; pronto así a desfilar los hielos boreales en sus trineos corrieras por Joló y Filipinas; soldado inmortal, ejército sublime, quien como es el pueblo español en armas, nos ha dado de este mismo siglo y a nuestra vista batallas como la de Bailén, alzamiento como el 2 de Mayo, los sitios de Gerona y Zaragoza, ataques en los desfiladeros del Bruch, que recuerdan los desfiladeros de las Termopilas, pasos como el arriagadísimo entre Cántica y Tetuán, la patria en nuestra guerra de la independencia, la libertad en nuestra guerra civil y en nuestra redentora Revolución de Septiembre, la integridad nacional por haber combatido en las Antillas, no solo con la insurrección, con el odioso disuelto en los aires y con el vomito diablito en las aguas, y que ahora mismo requerirá sus armas, no para la guerra civil ni extranjera, ya imposibles de todo punto entre nosotros: para velar por el orden público bajo la superior autoridad del Estado, y velando por el orden público y un concierto con tribuir y cooperar en primer término al ejercicio de nuestros derechos individuales y al cumplimiento completo de la voluntad nacional. (Atronadores y prolongadísimos aplausos.)

Señores, las fuerzas están como agotadas y el espíritu como exhausto tras un discurso tan enorme. Y sin embargo todavía me quedo por decir algo respecto de la cuestión económica. (Exclamaciones.) En mi sentir esta no puede resolverse de ningún modo con el estrecho cerrado criterio de las escuelas y de las sectas, cualesquiera que sean ellas. (Asentimiento.) Preguntarme a mí de que tradiciones económicas tengo, y a una escuela científica par tenerlo, paréame inútil de toda inutilidad; Barcelona lo sabe muy bien de antiguo y Barcelona jamás en su nobleza me perdonaría que yo callase mis convicciones por servir y proclamar las convicciones ajenas. En este punto creo haber procedido con aquella nobleza e hidalgía, que procuro prestar a todos mis actos y a todos mis procedimientos políticos. Diputado por Barcelona fui en las primeras Cortes, diputado por Barcelona en las segundas Cortes, diputado por Barcelona en las terceras Cortes de la restauración. En las dos primeras no hubo disentiimiento económico entre mis electores y yo: así representé a Barcelona sin género alguno de dificultad y con una satisfacción inabundable. Mas llegaron las terceras Cortes; presentéme aquel tratado con Francia tan combatido por la universalidad de mis electores, y dimiti yo mi diputación por Barcelona con profunda tristeza, pero con implacable severidad. (Sensación.) Enemigo del mandato imperativo, no aceptaría jamás imposiciones de mis electores; pero el disentiimiento con ellos en casos esenciales me impedía de todo punto su representación. Yo creí que Barcelona debía tener, para expresar en toda su integridad la parte de opinión que yo expresaba, un diputado republicano proteccionista, y no podía ser yo ese diputado. Quien ha procedido con esta lealtad podrá engañarse muchas veces, él, no puede, no, engañarse a vosotros nunca, diciéndoos lo contrario de aquello que siente, piensa y cree. (Grandes aplausos.) Yo no puedo menos de repetir lo mismo exactamente que me ha dicho el jefe de los conservadores: para mí, como para él, es el libre cambio un ideal de la humanidad en materias económicas. Yo perteneczo a la escuela libre cambiasta. Pero me acuerdo lo que al célebre fraile, a quien le llamaban fraile Franciscano, yo soy fraile y soy Franciscano; pero no soy fraile franciscano. (Risas.) Yo soy de la escuela libre cambiasta, pero no soy del partido libre cambiasta. En tal asunto me sucede lo que me sucede con la separación de la Iglesia y del Estado, con la abolición de la pena de muerte; se hallan en mis convicciones teóricas, no se hallan en mi programa político y de gobierno. (Aplausos.) Creo más, creo que no pueden por mucho tiempo en el programa de ningún partido hallarse, por necesidad todos a una obedecer imposiciones de la realidad. El proteccionista más proteccionista puesto sobre las cimas del gobierno, ten-

drá que transigir con algo de libre cambio, y el libre cambiasta más libre cambiasta, puesto en el gobierno, tendrá que transigir con mucho de proteccion. La proposición sobre los trigos, que presentaron los conservadores en primavera, queda írita por la mala cosecha exterior del otoño y la buena española. El posibilismo y el oportunismo económico, se nos imponen a todos por igual, a proteccionistas y a libre cambiastas. (Aplausos.) Por eso me parece tan mal que se quiera fundar un partido sobre cuestiones arancelarias, como me parece mal que se quiera fundar un partido sobre cuestiones militares. Esto, por un lado, se halla muy sujeto al tecnicismo de la ciencia; pero por otro lado muy sujeto a las imposiciones soberanas de toda realidad. Lo que yo creo imposible de todo punto es fundar las relaciones mercantiles del mundo en contradicción abierta con todos los adelantos, con todos los progresos de la industria y de la navegación. Creo que cuanto las naciones sean más fuertes y más soberanas, habrán de abrirse al cambio mercantil como se abren las atmósferas a los fluidos. No lo dudeis, porque al dudar, concluiréis por equivocaros. Y dicho esto, es descargo de mi conciencia y en cumplimiento de mi deber, yo me atrevo a preguntar: ¿tiene sentido común que una gran parte de todos cuantos han sido ministros en el período de la restauración, se presenten como adalides manifestos del proteccionismo inmediato? (Aplausos.) Pero si en este punto no tenemos libertad, si en este punto nos hallamos comprometidos y obligados con las potencias extranjeras; y los mismos que nos comprometieron, los mismos que nos ataron de manos y pies, los mismos que hicieron los tratados nos vienen a poner la protección inmediata en su programa político. Tal conducta es maquiavélica: no merece otro nombre. Podrá ser ese maquiavélismo de Málaga, de Barcelona, de Antequera, o de Palencia, pero no tiene nada de florentino; es burdo, enteramente burdo. El tratado a que más objeciones presentan hoy los proteccionistas es el tratado con Alemania. Pues bien, el tratado con Alemania es el tratado característico de la restauración. (Doble salva de aplausos.) Este sistema de gobierno daba un gran predominio al rey en dos esferas de la política sobre la organización del ejército y sobre las relaciones exteriores. Yo puedo decirlo ahora con todo el respeto debido a los muertos, porque yo lo he dicho con grande aridid, de que me arrepiento por haberse malogrado Alfonso XII, cuando vivía y reinaba. La revolución podía tener de signo característico la base quinta, pero la restauración tiene de signo característico el tratado con Alemania. Y ese tratado, de cuyas consecuencias tanto se quejaban, fué un tratado esencialmente monárquico. Todos los republicanos, en política exterior, somos franceses de corazón; pero la República no hizo tratado alguno con Francia. (Aplausos.) Todos los reyes son alemanes de corazón; y a esa política internacional dinástica obedeció el tratado con Alemania. Los monarcas buscan allí un arrimo, allí una sombra, allí un amparo, y a ese arrimo, a esa sombra, a ese amparo se debieron las alianzas mercantiles y políticas con Alemania. (Bien.) La coalición militar monárquica del año 92 contra Francia no existe; pero existe una coalición moral tan fuerte y tan tenaz como aquella. Notad que todos los reyes son alemanes o hijos de alemanes (risas); el emperador de Rusia, hijo de alemana, el rey de Suecia, hijo de alemana, el rey de Italia, hijo de alemana, el rey de Portugal, hijo de alemán, el príncipe de Gales, hijo de alemán, el pretendiente a la fantástica corona imperial de Francia, hijo de alemana, el pretendiente de la no menos fantástica corona antigua, hijo de alemana. Por consecuencia existe como ley natural entre los reyes una especie de propensión invencible a las alianzas alemanas; luego, Alemania es la monarquía por excelencia. Así nada tan propio y natural como que los reyes tengan propensiones germanas, cual sucede ahora mismo con un rey que tantas obligaciones tiene para Francia como el rey de Italia. (Aplausos.) Por consecuencia, el tratado de Alemania fué un tratado esencialmente político; y este tratado esencialmente político se concluyó y se ratificó, no lo niego, por unas Cortes liberales; pero se negoció y se firmó en principio por el primer gobierno de la Restauración, como base de una política realista y por realista, esencialmente alemana, como la política personal de todos los reyes europeos. (Muy bien.)

En tal tratado se observa cómo los conservadores catalanes llegaron a equivocarse por completo al creer que servía los intereses de Cataluña la Restauración mucho mejor que los había servido la Revolución. Nosotros, cualesquiera que sean nuestras ideas, y de las mas nadie puede dudar porque han sido claramente las manifestadas, nosotros queremos que la nación española sea señora de sus aranceles, como la nación española es señora de sus presupuestos, y que los aranceles obedezcan más a las necesidades interiores del fisco, de la producción y del consumo, que a las necesidades exteriores de la política. Nos decís a nosotros sectarios, y sin embargo jamás habríamos determinado ningún pacto mercantil con Francia, por razones de política republicana. (Aplausos.) O creéis vosotros los grandes patriotas, y habéis pactado un convenio mercantil con Alemania por razones puramente políticas. Y esto es tan cierto, que la cuestión de las Carolinas, esa cuestión patética, no se produjo sino por aquel tratado de comercio. Nadie podía explicarse qué buscaba el férreo caudillo en las madreposas perdidas entre Asia y África. Pues buscaba simplemente un interés comercial. Cuando se pacta con potencias de primer orden por potencias débiles, mientras aquellas tienen medios de hacer valer lo pactado, éstas no cuentan absolutamente con ninguno. Y se acuerda la terminación del tratado alemán, y entonces vino el atentado de las Carolinas, y tras el atentado de las Carolinas la prórroga de aquel pacto, condición que impuso el caudillo férreo a la triste agonía de D. Alfonso XII. (Sensación.) Por eso nosotros podemos con ceder, y os concedemos, que nada tan insustancial como las relaciones mercantiles, y nada tan sujeto a lo que hoy se llama el posibilismo y el oportunismo universal. Pero nosotros aun os concedemos que hay momentos en los cuales pueden suspenderse las leyes generales de la economía política; como hay momentos en los cuales pueden suspenderse las leyes generales del derecho público y aun del derecho internacional. Si las naciones extrañas, valiéndose de tales o cuales subterfugios, como ha sucedido en la cuestión de ganados, nos desearan a guerra mercantil, si una crisis grave nos impone medidas excepcionales, nosotros debemos aceptar esas medidas como se acepta la suspensión de garantías, el estado de sitio y de guerra. Pero quitado de la cabeza: todo consta de alterar las leyes universales del cambio para por término el resultado que todo intento de alterar las leyes generales de la física. No se puede regir el mundo moderno de la electricidad, del vapor, de las Exposiciones universales como se regía el mundo antiguo del aislamiento y de la conquista. Los principios económicos universales en ninguna parte se muestran tanto como en nuestra hermosa ciudad. Cuanto más estudiamos la industria catalana más nos convencemos de que, dada la perseverancia en el trabajo, los hábitos de ahorro, la moralidad en la vida pública y privada, las virtudes increíbles del jornalero catalán, es difícil, muy difícil, que nadie le aventaje; y es fácil, muy fácil, que sea-

tenga nuestra industria y nuestro nacional trabajo contra todo el mundo. (Grandes aplausos.)

Pero es de esto lo que quiere, tened entendido que nosotros vamos a un régimen político fundado en el predominio del trabajo y de la industria, sobre todas las demás fuerzas sociales. Así es que la Exposición de Barcelona, por milles de circunstancias imprevistas, háse alzado a la categoría de un asunto internacional que despierta en toda Europa vivo y continuo interés. Las regiones vecinas al Mediterráneo están destinadas a cambiar por completo la dirección de la política universal. Ellas representan, y no pueden menos de representar, lo que representaron allá en los siglos medios: la intersección de todos los caminos, la comunión de todas las razas. Por eso despiertan tal admiración; pero entre todos, Barcelona ostenta especialísimos títulos y timbres. No tendrá los monumentos de Atenas, tan melancólicos, no tendrá el orientalismo de Palermo, que parece una revelación de Asia; no tendrá el campo y el mar de Nápoles, donde se oyen los cantares báquicos de los dioses ébrios y el idilio griego de las sirenas y de las nereidas tirrénicas; no tendrá el manto purpúreo y la diadema de mosaico con que Venecia se orna sobre su trono de mármol circundado por las cintas y las alfombras de sus espléndidos canales; pero tiene un timbre nunca oscurecido ni eclipsado, el timbre de su perseverancia en el trabajo y en el comercio, que le ha valido cooperar como nadie a la conjunción de Provenza, de Italia, de Grecia y de Andalucía, merced a islas ilustradas por su genio, desde las Baleares hasta Sicilia, ejerciendo en el Mediterráneo así una hegemonía, la cual, no solamente le ha granjeado la brillantez y la inmortalidad de su gloria, sino también lo grandioso y lo duradero de su poder y de su influjo. (Prolongados aplausos). Nunca concluíramos de enumerar vuestras alabanzas.

El común de las gentes parece ignorar que Barcelona sirvió de núcleo a la gran literatura de los siglos medios, en que comenzó a despertar el espíritu más moderno; parece ignorar que Barcelona expidió las naves cargadas de productos y de ideas, merced a las cuales pudieron unirse las ciencias antiguas en Córdoba y Sevilla con los elementos del mundo griego y los asomos del Renacimiento en Italia; parece ignorar que Barcelona comenzó la reconquista marítima con las escuadras enviadas primero al sitio de Almería, donde se oyeron los incipientes vagidos de la musa castellana y luego al sitio de Mallorca; parece ignorar que Barcelona organizó la expedición a Lepanto y que Barcelona detuvo con sus simoníacas, desiertos por Mantener y pintados más tarde por Moncada, la decadencia del imperio bizantino; que Barcelona fué la primera entre las ciudades del Viejo Mundo a ver y probar la vida exuberante que al planeta entero y al espíritu universal traía la resurrección de América, por un milagro del genio de Colón sucedida en los mismos días en que la estatua griega se alzaba de las ruinas y estallaba la libre conciencia en el humano cerebro; parece ignorar todo esto: más llega un día, un día oportuno, y tantos recuerdos se avivan y se producen hasta dar de sí el espectáculo, presenciado esta primavera en vuestras playas, donde las escuadras que parecían destinadas para la guerra, se han unido, como anunciando un porvenir más dichoso y desvaneciendo las amenazas y los temores de un corrient, en la obra de libertad, de paz y de concordia, con que vuestra ciudad ha servido, no solamente los intereses de Cataluña y España, sino los intereses de Europa y América, y levantado sobre la guerra esperanzas de paz perpetua y dichosa. (Las salvas de aplausos interrumpen largo rato al orador). Que no en vano pasan hechos como estos, cuya virtud trasciende a la sucesión de todos los siglos y cuya influencia queda en todas las páginas de la historia (Aplausos).

Cuando nosotros paseamos por las galerías de la Exposición, solemos olvidarnos de que allí estuvo la fortaleza del despotismo, y de que, donde ahora brillan los milagros del comercio y del trabajo, ayer se vio la sombra siniestra del despotismo y de la guerra. Sobre cadenas rotas, sobre patibulos desmontados, sobre calabozos que fueron verdaderos sepulcros de víctimas, sobre los raices de siniestras torres alzadas allí por la intolerancia y el absolutismo, vemos la hoguera de paz caliente salida del horno para satisfacer el hambre, y la blanda que surge aires del taller para ornar la hermosura, la sorda linterna que desentraña las oscurísimas profundidades de la mina y el espléndido faro que difunde con su resplandor la esperanza en los infinitos espacios, el estridente vibrar de la máquina que ha borrado las distancias combatiendo las tempestades del Océano y la nota melancólica del órgano que ha sonado con los escalofríos de lo sublime nuestro ser y ha domado las tempestades interiores del alma, el sazón que ha abierto feando hoy a la semilla en la tierra del labor, y el pincel que ha puesto sus matices más brillantes en las iris del arte, la trampa en que aprisiona el cazador las ligeras aves y el telescopio en que aprisiona el astrónomo las sólidas estrellas; todo lo cual se debe a que acabaron los tiempos antiguos del privilegio, y han venido los tiempos nuevos del derecho, y a que Barcelona se alza sobre los hombros de su robusta democracia, y de sus incomparables trabajadores, llevando, como la estatua de la libertad humana, que ilumina el orbe todo, en su mano la antorcha del ideal y en su frente la estrella del progreso. (He dicho).

EL MUERTO RESUCITADO

OCTAVA SESIÓN

Aquí tenemos ya a Concha Somera, la intrépida heroína, según los campistas, que abandonando su hogar y su familia, fué la llamada a redimir a don Eustaquio, fingiéndose loca y haciéndose conducir a San Baudilio de Llobregat. La infeliz demente, mal aconsejada, según los crucistas, que fingiéndose cuerda ha sido origen del actual barullo.

Su testimonio puede ser importante; pero también puede ser peligroso.

Escritura por la concurrencia con marcadas muestras de simpatía.

Entra tan sonriente que el presidente de la Sala estima conveniente hacerla notar que el caso no es de risa, y comienza el interrogatorio.

Contesta a las generales de la ley llamarse Concepción Somera y Alonso, sin recordar al pronto el segundo apellido, ser casada, de 32 años de edad, y conocer al procesado.

Fiscal.—¿Dónde conoció usted al procesado?

T.—De haberle visto en el manicomio de San Baudilio, donde la llamaban Eugenio Santa Olalla.

F.—¿Y no le conocía usted de antes?

T.—No, señor. Porque cuando se fué de Plasencia, era yo muy joven para poderme acordar. Allí le conocí por las señas que de él me habían dado.

F.—¿Recuerda usted el nombre de D. Eugenio Litran, por haberle oído en el manicomio?

T.—No, señor.

F.—Sr. Presidente: pido que conste en el acta este particular.

(Es el nombre del administrador.)

—¿Y estaba usted loca o lo fué?

T.—En mi conciencia no lo estaba.

F.—¿Y por qué fué usted al manicomio a buscar a D. Eustaquio?

T.—Por referencias de don Francisco. Yo había conseguido hacerme amigo de esta señora, y me confió algunos secretos, de los que resultaba que D. Eustaquio no había muerto, como se decía. Acordamos el modo de verle, pues habiendo ido ella antes con intención de verlo, se tuvo que quedar en Barcelona, por mandato de su esposo. Esto la escamó, y yo prometí ir al manicomio a ver si era cierto. Entonces estaba yo en el estado de ahora (algo interesante), y quise esperar.

Llegado el tiempo, hablé con Regidor y me creyó loco, rompiendo el papel que le di con las señas para que fuera a buscarme cuando le necesitase. Se lo dije a otras personas, y entonces empecé a fingirme loco y conseguí, después de mucho, que me llevasen a donde yo decía que un deber me llamaba.

—¿Habla usted en el manicomio con los empleados?

T.—Sí, señor. Pero yo no estaba con las enfermedades, sino en un cuarto al lado de la directora y entre los principales para su perdición.

Allí fui descubriendo muchos misterios y Prieto iba y ponía telegramas diciendo: «la mercadería se conserva bien, fingiendo que se trataba de negocios, pero era de otra cosa».

F.—¿Y comunicaba usted a los Ayala o a Fernando Heras el resultado de las averiguaciones?

T.—Sí, señor. Y al saber que ya se iba a repartir la herencia de D. Eustaquio, se lo dije a Don Francisco Ayala, para esperar nada más que cambiase el personal y pudiese salir D. Eustaquio sin hacer sospechar, porque como había algunos que estaban en el negocio, no convenía que supiesen la salida del que querían hacer pasar por muerto.

F.—¿Cuando ha hablado usted con el procesado ha notado usted si tiene buena memoria? ¿Se acuerda bien de su vida pasada?

T.—No, señor, no se acuerda de nada. Cuando pudimos convencerle de que se viniera aquí, decía que él era Eugenio Santa Olalla, y que era de Burgos.

Abogado.—¿Ha dicho usted que fué al manicomio por indicación de Doña Francisca Belloso?

T.—Sí, señor. Porque había descubierto que don Eustaquio no había muerto, por lo que le dije Prieto a D. Felipe Cruz: ahora si que está bueno y gordo trabajando de carpintero.

Abogado.—¿Conoció usted a alguna loco?

T.—Sí, señor. Uno de los seis primeros que fueron al manicomio cuando le estableció el Sr. Pujadas. Pero ya no estaba loco, estaba allí por conveniencia de un hermano suyo.

A.—Y ese loco, ¿le hizo a usted alguna manifestación referente a D. Eustaquio?

T.—Me dijo, poco más o menos, lo que me había dicho Doña Francisca, y me contó muchos crímenes que allí se cometían. De contárselos, tendría que llorar el mismo tribunal, al ver lo que hay en el mundo.

A.—¿Y tiene allí mucha influencia el director D. Baudilio Net?

T.—Declaran los Ayala en favor del procesado, y les sigue el marido de la Somera que de nuevo demuestra su carácter audaz.

Francisco Ayala, de 55 años, labrador.

Fiscal.—¿Fué usted al manicomio con Concha Somera en Enero de 1885 a ver al procesado?

T.—Sí, señor. Le vi y me convencí de que era D. Eustaquio.

F.—¿Y le conocía usted enseguida?

T.—Sí, señor. En cuanto le vi.

F.—¿Se vieron ustedes en el manicomio?

T.—No, señor. Fuera de él, en una casa le vimos dos días, el día de San Fulgencio y el de San Anton, lo recuerdo bien.

F.—¿Y cómo dijo que se llamaba y qué familia tenía?

T.—No dijo más, sino que se llamaba Eugenio Santa Olalla y tenía un hijo.

F.—¿Y decía algo de su familia de Burgos?

T.—No, señor.

F.—¿Y de su familia de aquí le preguntó usted algo?

T.—Sí, señor. Pero no me daba razón ninguna, aunque yo le daba muchos detalles y hacía referencia a todos sus parientes.

Abogado.—¿Le dijeron ustedes que viniera?

T.—Sí, señor; pero no quiso entonces.

A.—¿Y se escribieron ustedes después?

T.—Sí, señor.

A.—¿A dónde se dirigían las cartas al manicomio?

T.—No, señor, por miedo de que abrieran las cartas.

DE TODO UN POCO

Vicente Rodríguez, de 69 años, criado que fué de D. Rafael Campo.

Fiscal.—¿Cuánto tiempo sirvió usted en la casa de D. Rafael?

T.—Treinta y nueve años.

F.—¿Sabrá usted que falleció su hijo D. Eustaquio?

T.—Eso dicen, pero no es verdad, porque está ahí. (Rumores en el público).

F.—¿Y sabe usted a quien interesa el suponerle muerto?

T.—A D. Felipe Díaz de la Cruz y los suyos.

F.—¿Estaba usted cuando se arrojó a una hoguera D. Eustaquio?

T.—Salí de la casa dos años antes.

Damian Rodríguez, 59 años.

Fiscal.—¿Reconoció usted al procesado cuando vino?

T.—Cuando presté mi primera declaración no le había conocido. Pero después de haberle visto mejor y sus retratos, me he convencido de que es don Eustaquio.

F.—¿Y por qué se ha convencido usted?

T.—Por señas particulares que me le han recordado.

Anselmo de la Cilla, 47 años, propietario.

Fiscal.—¿Conoce usted al procesado? ¿Quién es?

T.—Se le conoce hoy por el nombre de Eustaquio Campos.

F.—¿Conoció usted al señor que tenía este nombre?

T.—Sí, señor. Fuimos contemporáneos.

F.—¿Y cree usted que este señor pueda ser aquel?

T.—Tiene parecido, pero mientras no recobre la memoria no puedo asegurarlo, porque no puedo cerciorarme bien.

A.—¿Cree usted que pueda ser el procesado don Eustaquio?

T.—Sí, señor. Es muy posible, pero no aseguro que lo sea.

Manuel Garrido, 46 años, abogado.

F.—¿Le consta a usted que el procesado sea Eugenio Santa Olalla?

T.—No, señor. Me dijo llamarse así cuando le examiné por orden del juzgado, para ver si le conocía.

F.—¿Y conoció usted a D. Eustaquio Campo cuando joven?

T.—Sí, señor. Le conocí mucho.

F.—¿Y era parecido al procesado?

T.—No, señor, en nada, ni siquiera en la estatura, pues era un dedo o dedo y medio más alto que este señor.

A.—¿Cuándo dejó usted de ver a D. Eustaquio?

T.—Cuando le llevaron al manicomio.

A.—¿Le trató usted en el verano del 59 al 60?

T.—Sí, señor.

A.—¿Y no cojeaba entonces?

T.—No, señor; nunca cojeó.

A.—¿Pido a la Sala que consten estas afirmaciones del testigo para tenerlas en cuenta.

D. Isidro Garrido, abogado y hermano del anterior testigo.

Fiscal.—¿Conoció usted a D. Eustaquio Campo?

T.—Sí, señor.

F.—¿Se parecía al procesado?

T.—En nada.

F.—¿Ni contando con las diferencias del tiempo?

T.—No, señor. Ni aun así.

Marcelino Serrano, 50 años, carpintero.

Fiscal.—¿Conoció usted a D. Eustaquio Campo?

T.—Sí, señor. Es ese señor que está ahí.

Abogado.—¿Es usted enemigo, por cualquier concepto, de D. Felipe Díaz de la Cruz?

T.—No, señor.

Agustín Somera, ebanista, padre de Concha, dice lo que ya he adelantado por telegrama.

Suspéndase la sesión.

INJURIA Y CALUMNIA

Al reanudarse, el secretario da cuenta de un escrito de querrela firmado por D. Felipe Díaz de la Cruz, contra el abogado defensor, por la pregunta formulada ayer y desahogada por impertinencia.

El fiscal dice que el escrito es una alarria de su referencia, y que no procede ahora que la Sala conceda la autorización que se solicita, y se espere para ello a la terminación del juicio.

El abogado pide se reserve la concesión hasta que termine el juicio, y que entonces se conceda la autorización para llevar a la barra al querrelante.

La Sala acordará lo que proceda.

SIGUE LA MEZCLA

D. Juan Antonio Lopez, de 67 años, abogado y secretario de la Audiencia.

Fiscal.—¿Cómo se llama el procesado?

T.—Eustaquio Campos, de quien se ha dicho que había muerto.

F.—¿Cómo sabe usted que no había muerto?

T.—Al ver algunas cartas firmadas con el nombre de Eugenio Santa Olalla, encontré que la letra era igual a la suya, y cuando vino le reconocí, aunque no desde el primer momento, pero hoy, en mi conciencia, estoy seguro de que es Eustaquio Campo.

Antonio Alvarez Vega, de 40 años, médico cirujano, y autor de uno de los folletos publicados.

Fiscal.—¿Conoce usted al procesado?

T.—Sí, señor. Es mi antiguo amigo, Eustaquio Campos.

F.—¿Está usted seguro?

T.—Sí, señor. Porque para formar concepto exacto, atendiendo a mis sentidos y a la razón.

Florentino Fernandez, de 41 años, posadero.

Fiscal.—¿Sabe usted quien es el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos Barrado.

F.—¿Le conocía usted?

T.—Solamente de haberle visto en el manicomio.

F.—¿Hace mucho tiempo?

T.—En el año 70 al 72 fui a Barcelona a un negocio, y el acompañante que me acompañaba me dijo que si quería ir a San Baudilio a ver a un loco de Plasencia.

Fuimos allí y le vi, y al decirle si quería o necesitaba algo, que me lo dijese, pues yo era de Plasencia me contestó que no quería nada, y mucho menos de Plasencia.

F.—¿Y cómo era entonces D. Eustaquio?

T.—Más delgado que ahora.

F.—¿Reparó usted si era calvo?

T.—Tenía puesto un sombrero de paja.

F.—¿Y cojeaba?

T.—Eso no lo reparé. Cuando contestó a mi ofrecimiento, dió la vuelta y se marchó de prisa, y no recuerdo que cojease.

(El fiscal pide que conste en el acta este particular.)

Benigno Garcia, 41 años, veterinario.

Fiscal.—¿Es usted juez municipal suplente?

T.—Sí, señor.

F.—Se ha presentado a usted el procesado alguna vez en demanda de alguna cosa?

T.—Sí, señor; me dijo que habiéndose llamado hasta el día Eugenio Santa Olalla, se llamaría en adelante Eustaquio Campo Barrado.

Norberto Alonso, 62 años, ebanista y madre de Concha Somera.

F.—¿Sabe usted cuando las manifestaciones de Octubre de 1886, que había venido, según decían, D. Eustaquio Campo?

T.—Sabe que mi hija había traído un compañero suyo de desgracia, pero nada más.

F.—Su hija de usted fué conducida antes a otro manicomio que no fuere el de San Baudilio?

T.—Sí, señor. Pero no quisó más que ir a ese y hacer muchas locuras.

Una vecina que tuvo también así una hija, me dijo que la diese como remedio un coquecino con los sesos de un perrito negro; pero no sirvió el remedio ni otros que la di.

Siempre estaba en su manía de ir a San Baudilio y decía que allí había una luz que alumbraba para Dios, para el mundo y, y cosas así.

Entonces fui a pedir a doña Francisca Belloso una recomendación para el manicomio por saber yo que tenían amistad con el director.

Doña Francisca me dijo que ya había dado a Concha una carta y que si no la tenía la habría perdido.

Al poco tiempo volví a casa de doña Francisca. Entonces salió D. Felipe con un gorro así, y me dijo que no podía darme ninguna carta porque no conocía al que era director, por haberse muerto el antiguo.

José Vera, 64 años, abogado.

Fiscal.—¿Conoció usted a D. Eustaquio Campos antes de que en 1865 fuese conducido al manicomio?

T.—Sí, señor. Y recuerdo perfectamente que se quemó en el brazo y lado derecho muy gravemente. Tanto que al quitarse la ropa salían adheridos a ella trozos de la piel.

F.—¿Oyó usted decir que D. Eustaquio había vuelto hace dos años?

T.—Sí, señor. Eso dijeron algunos, pero otros aseguraban que no era él.

Abogado.—¿Recuerda el testigo haber dictado, siendo juez interino, por ausencia obligada del efectivo, un auto revocando otro dictado anteriormente en el que se acordaba la venida de D. Eustaquio para que después de reconocido se le nombrase curador, si efectivamente estaba loco?

T.—No recuerdo de tal cosa. Porque con tanto como se despacha... Tal vez trayendo los autos, recordase.

A.—¿No recuerda usted nada de eso?

T.—No, señor. No me es posible recordarlo.

Luis Moreno, de 57 años, propietario.

F.—¿Conoció usted a la familia Campos?

T.—Sí, señor.

F.—¿Y encuentra usted parecido entre el supuesto D. Eustaquio y los parientes de éste?

T.—Sí, señor; entre individuos de su familia encuentro alguna semejanza, pero dudo que el procesado sea D. Eustaquio.

Justo Rojas, sirviente que fué en casa de Campos.

Fiscal.—¿Cómo se llama el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos Barrado.

F.—¿Le conocía usted de joven?

T.—Sí, señor. Desde niño. Cuidaba yo en su casa los caballos, y algunas veces él quería ayudarme en mis tareas.

El abogado pide a la Sala que se celebre un careo entre D. Felipe Díaz de la Cruz y la madre de Concha Somera, por haber declarado contradictoriamente en lo relativo a si Concha llevó o no una carta de D. Felipe para el director del manicomio.

Son llamados ambos testigos, y comparece solo D. Felipe Díaz de la Cruz, por haberse retirado enferma la declarante.

La Sala acuerda que no proceda a celebrarse ya el careo.

El abogado protesta.

Antonio Leno, de 58 años, sastre.

Fiscal.—¿Sabe usted quien es el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos; y lo afirmo por haber conocido a sus abuelos, a sus padres y a él.

A.—¿De qué le conocía usted?

T.—De haberle llevado la ropa que le hacía mi principal.

A.—¿Recuerda usted sus señas particulares?

T.—Era un poco bizco y cojo.

El resultado de las declaraciones de hoy no puede ser más confuso.

Testigos que afirman, testigos que niegan y testigos que se contradicen.

Concha Somera, cuya declaración era esperada con sobrada impaciencia e interés, creyéndose que sería sólida base para la solución del problema, ha resultado ineficaz para resultados prácticos. Su incongruente relación de hechos, de difícil prueba, y referidos con frecuentes divergencias, no es elemento apreciable para inclinar la balanza de la justicia hacia el entierro ni hacia la resurrección.

Plasencia 24 Octubre.

S. ASTOR.

TELEGRAMAS

EL SEÑOR CASTELAR EN BARCELONA

(DE NUESTRO REDACTOR CORRESPONSAL)

Barcelona 25 (7,28 n.).—Esta mañana ha visitado Castelar los talleres de ebanistería de Vidai, sin duda de los mejores de Europa, el estudio de Masrera, verdadero museo que honra tanto al propietario como al arte catalán, y el gabinete micrográfico del doctor Ferran, costeado por el ayuntamiento de Barcelona. Lamentase Castelar de que este gabinete no corra a

Allyse, empleado del manicomio, dice que el procesado es el carpintero Engenio San Olla, que hizo la caja para enterrar a D. Eustaquio. (Sensación). Da otros detalles que están en contradicción con lo dicho en el anterior.

Plasencia 25 (12:50 tarde).—Después de haber sido suspendida la sesión por cinco minutos.

Un sacerdote de San Baudilio, que ha estado loco, declara que el procesado es Santa Olla y que él auxilió en sus últimos momentos a D. Eustaquio Campo.

El médico Net demuestra las diferencias entre San Olla y Campo. Explica entre los rumores del público la forma del enterramiento y otros pormenores.

Otro testigo declara que conoció a D. Eustaquio, al cual vió enterrar, y que el procesado es Santa Olla.

Terminada la sesión sale el gobernador para Cáceres.

Volverá el miércoles, esperando el infirme.—Astor.

Plasencia 25 (9:30 noche).—Han producido gran sensación las importantes declaraciones de los empleados del manicomio de San Baudilio, para demostrar que el procesado es Santa Olla y que allí hay un misterio.

El fiscal y el abogado defensor, han encontrado en dichas declaraciones frecuentes contradicciones.—Astor.

Plasencia 25 (8:30 m.).—Se ha presentado a la Sala un escrito de José Bellosio, hermano de Doña Francisca, y heredero de Eustaquio, pidiendo parte en la causa por no habersele ofrecido a tiempo.

Propónese con ello, al menos, poder entablar el correspondiente recurso.

No se ha celebrado hoy acto de conciliación entre Cruz y el abogado defensor por la no asistencia de éste.—Astor.

De la Agencia Fabra.

PUERTO RICO 24.—Hoy ha salido de este puerto el vapor correo de la Compañía Transatlántica, con dirección a la Habana.

COLOMBO 24.—El vapor correo de la Compañía Transatlántica *Santo Domingo*, ha salido hoy de este puerto.

EL DIVORCIO.

VIENA 25.—El divorcio del rey M'ano de Servia ha producido mucha agitación en aquel país.

Un despacho recibido esta madrugada, anuncia una crisis ministerial.

Se dice que el rey prescribió la cuestión del divorcio por haber descubierto que los partidarios de la reina Natalia, fraguaban una conjuración encaminada a declararle incapaz y encerrarle en un manicomio.

Los partidos políticos de Servia están muy enconados entre sí, y se considera muy difícil la solución de la crisis ministerial.

ESPECTÁCULOS

COMEDIA.—8 1/2.—T. 1.º

El enemigo.—Cuidado con los hombres o el mercedero de la Pepa.

PRINCIPE ALFONSO.—8 1/2.

La cruz blanca.—Mam'zelle Nitouche.—Segundo acto.

LARA.—8 1/2.—F. 12.º de atención.

2.º serie.—T. 2.º par.

La articulación mortis.—La danza.—Segundo acto.—Goleadras.

PRIORE.—8 1/2.—Los Hijos de Madrid.

MARIN.—8 1/2.—Las plagas de Madrid.—Lucifer.

Los madrugadores.—Lo que va de ayer a hoy.

ESLAVA.—8 1/2.—Las vi tuas.

Los canchales de café.—Pintar como queror.—El gorro frigio.

PRESUPUESTO.
PARIS 25.—Ha terminado en la Cámara la discusión de la totalidad del presupuesto, habiendo defendido su obra M. Peytral y merecido general aplauso.

El sábado continuarán los debates sobre el presupuesto.

MACKENZIE.
BERLIN 25.—Ha sido autorizada en Alemania la venta del folleto del doctor Mackenzie.

REVISIÓN CONSTITUCIONAL.—RECELOS
PARIS 25.—Los periódicos radicales continúan discutiendo el procedimiento que debe adoptarse para la revisión constitucional y el alcance de esta; pero todos convienen en que la República debe quedar por encima del sufrágio universal.

A juzgar por las corrientes que dominan en los centros parlamentarios, puede asegurarse ya que si el proyecto de revisión presentado por el gobierno lograse obtener, lo que es dudoso, mayoría en la Cámara de diputados, sería desechado por el Senado.

Inspira cierta inquietud la insistencia del ministro de la Guerra en pedir la votación del nuevo crédito destinado a la defensa nacional.

Cuando se han gastado ya 5.000 millones de francos en dicho objeto, y cuando estamos en vísperas de la Exposición Universal, fiesta que parece alejar los temores de guerra, todo el mundo se pregunta qué peligros amenazan a Francia para apelar a nuevos gastos extraordinarios consagrados a las fortificaciones, sobre todo, dada la mala situación de la Hacienda.

BRUSELAS 25, tarde.—Hé aquí los resultados de las elecciones preparatorias de diputados. Número de diputados que deben elegirse, 75. Han obtenido mayoría: ministeriales, 65. Liberales, 4. Empates, 6.

Esta tarde se procederá al escrutinio definitivo.

SECCION DE NOTICIAS

La Gaceta publicó ayer un decreto del ministerio de Ultramar, estableciendo el cambio de cartas con valores declarados y el servicio de paquetes postales entre la Península y la isla de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, con sujeción a las reglas que se determinan.

El teniente de alcalde del distrito del Hospital de San Juan, al haber sido de 34 kilos de peso y dos banastas de pescado en malas condiciones para el consumo.

El ministro de Hacienda ha circulado una real orden recordando a sus compañeros de gabinete la presentación de los presupuestos parciales.

El Sr. Abascal, para prevenir los escándalos que ocurren con frecuencia en los tranvías de

las Ventas, ha dispuesto que acompañe a cada coche un guardia de policía urbana.

CONSEJO DE MINISTROS.

El celebrado ayer con la regente se redujo a dar cuenta al Sr. Sagasta del estado de la política en el exterior y de informar a dicha señora de los acuerdos adoptados en la última reunión de los ministros.

Nada se habló que pueda ofrecer interés al parecer que se trató de la fecha de la apertura de las Cortes, cosa que parecía indudable.

La regente firmó varios decretos referentes a personal.

Después se reunieron los ministros en la secretaría de Estado.

Dos horas emplearon en este nuevo consejo, acerca de cuyas deliberaciones guardaron absoluta reserva.

Parece que examinaron cifras del presupuesto y leyeron las bases del decreto restaurando la orden firmada por el general Narvaez.

Dice que acerca de esta cuestión hubo diversidad de pareceres, y en los círculos políticos volvió a hablarse de próximas desavenencias.

Nuestras noticias son que el decreto se publicará, con algunas modificaciones, en la Gaceta muy en breve.

También parece que el ministro de Ultramar dio cuenta a sus compañeros del proyecto de conversión de la Deuda de Cuba y que no todos los ministros están de acuerdo en el asunto.

SUCESOS DE AYER.

En los billares del café de la Universidad fueron sorprendidos varios estudiantes jugando al baccarat, por lo cual quedó cerrado el establecimiento.

En la casa del marqués de Flores Dávila, calle de la Cruzada, se descubrió el robo de unos cubiertos de plata, notando la fractura de la puerta falsa que dá a la plaza de Ramblas.

Baldomera Puebla, de 41 años, casada, con domicilio en la calle de las Aguas, intentó suicidarse con una disolución de iódoro; pero arrepentida pidió auxilio y fué conducida a la Casa de Socorro, pasando luego a su domicilio.

En las cuerdas del ministerio de Marina se produjo un incendio, siendo extraídos con síntomas de asfixia un niño y un caballo; pero las pérdidas fueron de escasa importancia.

Llegó anoche de San Sebastián el Sr. Romero Robledo. En la estación le esperaban todos sus amigos, quienes le hicieron una ovación de aplausos y vivas, en competencia con otras de reciente fecha. Los conservadores creyeron observar que no había, ni con mucho, el aparato de fuerzas de policía que cuando llegó el Sr. Cánovas.

El Sr. Romero saldrá de nuevo mañana para San Sebastián y se trasladará a los dos días, de allí a Barcelona, donde hará un discurso político y económico proteccionista.

El no saberse con certeza si ya hoy aparecerá en la Gaceta, como algunos creen, la dispo-

sición de Guerra sobre concesión de empleos y recompensas en que se ocuparon ayer los ministros en el Consejo celebrado en la secretaría de Estado, ha servido de pretexto para seguir diciendo que habían surgido dificultades serias para su aprobación, quedando ésta pendiente de ulteriores acuerdos. Pero los ministeriales aseguran que fué aprobada, y se publicará de hoy a mañana.

Se cede una magnífica tienda con buenas luces en la Carrera de San Jerónimo. Tiene 12 metros de ancho por 20 de fondo. Darán razón en la administración de este periódico.

Léase el artículo «Lámparas Inglesas».

Licor del Polo de Orive. Conste que el mejor elogio y la más persuasiva recomendación de este inimitable dentífico, una constante clientela de millones de consumidores y una gloriosa historia de 19 años, durante la cual jamás desmintió sus virtudes curativas y persuasivas. Es el elixir para la boca que por su aroma y eficacia no tiene precio. Es, no obstante, el más económico. Exijase la marca de fábrica.

COTIZACIÓN OFICIAL DEL DIA DE AYER

FONDOS PÚBLICOS	ANTR.	AYER	ALZ.	BAJ.
4 por 100 al contado....	78 05	72 80	0 25	
— fin de mes....	78 15	72 87	0 25	
— pequeños....	78 40	72 90	0 20	
— exterior....	75 40	74 85	0 50	
4 amortizable al contado....	86 85	83 80	0 20	
— pequeños....	86 85	86 70	0 15	
BILL Cuba al contado....	101 55	101 8	0 25	
Banco España acciones....	000 00	470 00		
— Hipotecaria id....	000 00	470 00		
— Id. cedulas 6 0/0....	000 00	000 00		
— Id. cedulas 6 0/0....	114 60	114 75	0 15	
— Obligaciones 6 0/0....	000 00	000 00		
U.º de Tabacos acciones....	107 00	107 30	51	
Letras: Londres a 90 días vista....	25 1/2	25 1/2		
— Berlín, a 90 días....	1 81	1 81		
— París, a 90 días....	1 40	1 40		
Operaciones de préstamo y descuentos: a por 100 anual				
MADRID: Cautela 72 70; fin, 72 70.—Próximo, 00 00.				
Barcelona: interior 72 60; exterior 74 62				
París 78 25.—Londres 72 31.				
BOLSA DE PARÍS Y LONDRES				
PARIS 25.—Bolsa fondos franceses, 3 0/0, 82 55—				
4 1/2 por 100, 105 67.—Fondos españoles, a por 100				
exterior, 78 40.—Obligaciones de Cuba, 5 1/2, 0.—				
Consolidadas inglesas, 97 7/8.—Ultima hora: a por 100				
exterior español, 73 7/8.				
LONDRES 25.—Clausura de la Bolsa de hoy, a por				
100 exterior español, 27 7/8.				
TIP. DE «EL GLOBO» A CARGO DE J. S. DE TRIGO				
San Agustín, núm. 2.				

Camas de Lujo
Camas Inglesas
Camas del pais
Colchones Nuevos
Sillería Tapizada
Sillería de Viena
Muebles todas clases

Plaza Sta Ana N.º 1.
Esquina a la A. y G. G. G. G.

Prezios económicos
ATOCHA 127
FUENCARRAL 102

DENTICINA INFALIBLE.—Lo saben las madres. Ni un niño se muere de la dentición, pues os salva a un en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue la diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanaja. Una caja, 3 pesetas, que remite por 3,50 el autor, P. F. Izquierdo, Madrid, Sacramento, 2 botica y plaza de la Villa, 4; por mayor, y en todas las boticas y droguerías de España.

COMPANIA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
Chocolates, Gafes y Thés
Depósito general y oficinas: Mayor, 19 y 20
SUCURSAL, MONTERA, 8. MADRID

Exposition Universelle 1878 Méd. d'Or, Croix de Chevalier
LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS
NUEVA CREACION
PRIMAVERA E. COUDRAY
Inventor de la Perfumeria Especial de la Lactina, tan apreciada por la Gente de buen tono.

Jabon.....PRIMAVERA
Aceite.....PRIMAVERA
Agua de Tocador.....PRIMAVERA
Esencia.....PRIMAVERA
Polvos de Arroz.....PRIMAVERA

FABRICA Y DEPOSITO: PARIS, 13, Rue d'Enghien, 13
SE ENCUENTRA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS.

VERDADERAS LAMPARAS INGLESAS
SISTEMA HINKS
DOBLE MECHERO
Producen dos brillantes e intensas luces como la claridad de 24 BUJIAS. Se encienden y apagan lo mismo que una lámpara de Gas sin quitar tubo, bomba ni soplar. Construcción sólida; seguridad completa; luz clara, fija, brillante y exenta de todo mal olor.

Ofrecemos un rico y variado surtido en estas Lámparas de Sobremesa, Comedor, Despacho y Gabinete, desde el precio de 15 pesetas en adelante.

Arañas—Bronces—Estatuas—Muebles—
Gran surtido de objetos para regalos.

ANTIGUA CASA—EGUIA SOBRINO
20, PELIGROS, 20

EPILEPSIA
O ACCIDENTES NERVIOSOS (mal de San Pau) y otras enfermedades nerviosas, como el HISTERISMO, HISTERO-EPILEPSIA, BAILE DE SAN VITO, etc.

Se curan radicalmente, por antiguo que sea el padecimiento, con el INFALIBLE JARABE DE F. UGOL.

Los efectos son inmediatos siguiendo el plan indicado en los prospectos, que se facilitan gratis.

Vica: Botica de la Merced, Riera, 22.—Madrid: Farmacia de Martinez, Jacometrezo, 32, y del Dr. Ferrer, plaza de San Ildefonso.

ALFOMBRAS
Siguen colocándose (procedentes de una quincena) a precios fabulosos en la calle de Bordadores, 3, principal.

Hay además un inmenso surtido de alfombras de terciopelo y moqueta en iguales condiciones.

Duros viejos e isabelinos.
Se toman por su valor en pago de los ricos vinos de Jerez de esta Bodega. 4, Campomanes, 4.

LOMBRICES
Recomiendo eficazmente mi Jarabe Vermífugo por su prontitud en expulsar toda clase de gusanos intestinales de que tanto padecen los niños. Frasco, 4 y 6 reales. Farmacia de Sanchez Ocaña, Atocha, 35, frente a Relatores.

TALLERES DE JOYERIA
VENTA

excepcional de riquísimas alhajas, brillantes, perlas, rubies, esmeraldas, zafiros y demás piedras preciosas que a precios exclusivos vendemos por mayor y menor en esta casa fábrica de joyería.

La perfección y economía que esta casa tiene acreditada en la construcción y reforma de aderezos, collares, diademas, coronas y toda clase de joyas, ha hecho que sean tantos los pedidos y encargos recibidos durante el mes anterior, que nos han dado a la maquinaria y demás elementos de fabricación, permiten que toda compra o encargo hecho en esta casa resulte con una prontitud y economía grandísimas.

Con las anteriores ventajas y la gran existencia de toda clase de pedrería suelta, las diversas máquinas que a la vista del público funcionan y la práctica de muchos años, colocan a estos talleres en primer lugar y únicos en España que pueden competir con los más importantes del extranjero.

CASA FUNDADA EN 1868
2, PRADO, 2, PRAL.

CURACION
CON EL
JARABE Y PASTILLAS
DOBLES BALSAMICAS
PREPARADAS EN LA FARMACIA
DE GARCERA PRINCEPE, 13, MADRID
Irritaciones bronquiales, tos ferina y coqueluche, según certificado de varios médicos y particulares. Ocho años de éxito.

Precios: Jarabe, 12 rs. Pastillas, 8.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Catenaduras y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar la digestión, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y prevenir la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDEN EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Perfumeria y Jabones finos
Medallas en las Exposiciones: 1819, 39, 44, 49, 55, 67, 72 y 78
DEMARSON CHÉTELAT y C.
71, Rue Saint-Martin, 71, PARIS
ESPECIALIDADES

JABONES DE ROSA RENOMBRADA. EXTRACTO TRIPLE para el pañuelo.
JABONES DE LAVANDA AL AROMA. EXTRACTO VEGETAL para la cabeza.
POMADA HUNGARA. ESPÍRITU DE LAVANDA AL AROMA.
POMADA FILLORENTINA. AGUA DE MARSON (tintura medicinal).
BLANCO DE LIS. ELIXIR DE LOS TRES DOCTORES.

BRILLANTINA DEMARSON